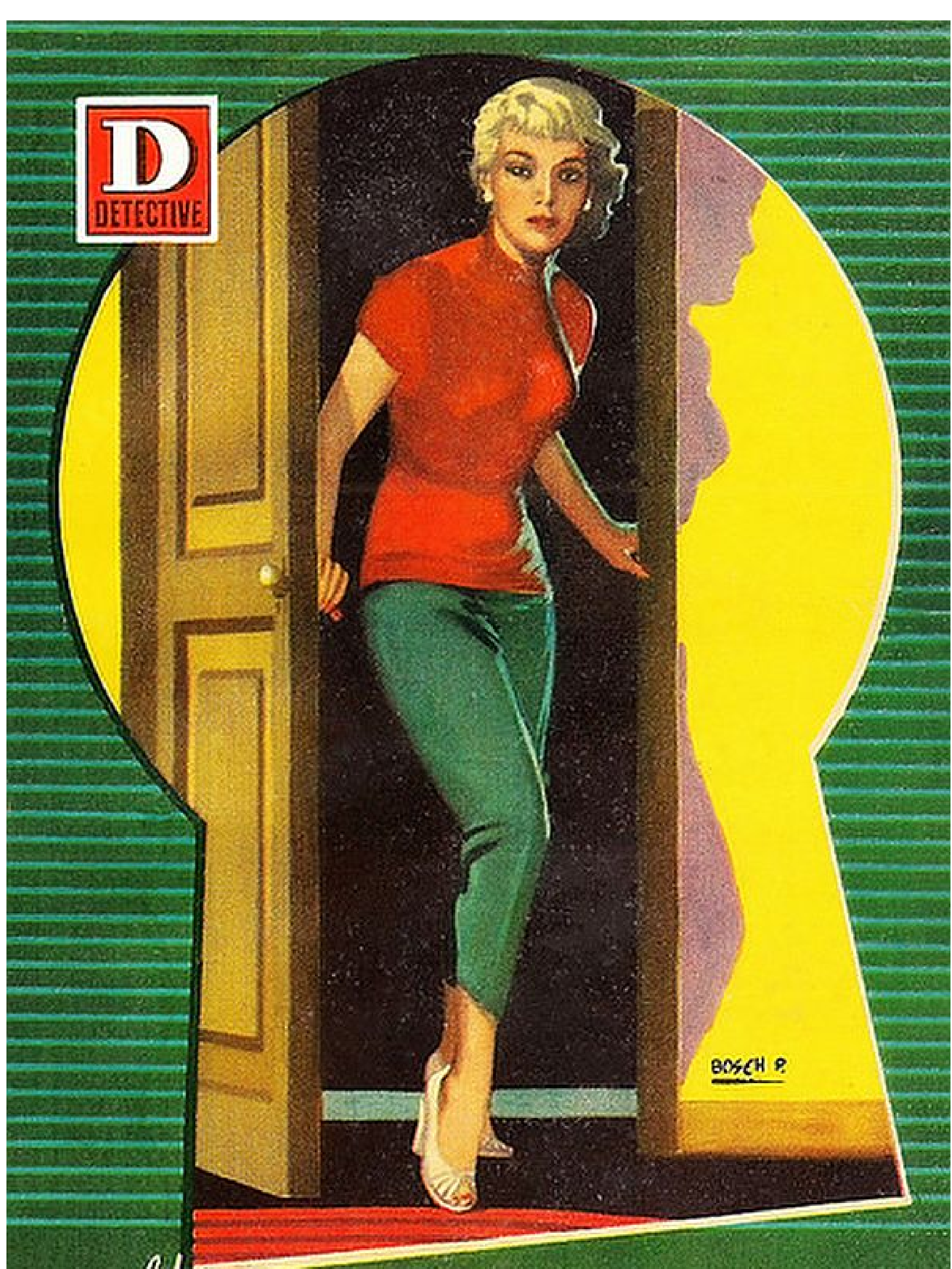


Arnold Briggs

LO SIENTO POR EL MUERTO

Novela ambientada en los años de la ley seca que expone cómo un mafioso traicionado decide urdir una venganza sin saber que sus hombres de confianza van a ser policías camuflados.

Vernon Fraser y Edgar Sikes, dos aparentes hampones, cínicos y descreídos, vigilan a una chica, Peggy Haines, desde hace días. Tras diversos avatares descubrimos que ella forma parte del gang de Big Al Scorpio, que parece querer esconderse tras la muerte de su socio, Brant Rogers. De forma extraña mueren los socios de Scorpio, entre ellos Peggy y su protector, Lloyd, y en la empresa es también asesinado Sikes; Fraser se toma el caso como algo personal y llega a descubrir que Rogers no estaba muerto y que la esposa de Scorpio, Lula, era en realidad una hija abandonada por Rogers. La que aparece al principio como probable culpable —Lula — se muestra al final como una mujer inocente que no sabía de la condición de gángster de su marido y de su condición de hija de un malvado como Rogers. Éste había querido contratar dos matones y por ello había contado con los servicios de Sikes y Fraser, dos matones de Chicago, para que viniesen a Nueva York sin saber que, en realidad, ambos eran dos policías especializados en infiltrarse en el mundo del hampa. Al final Rogers muere acribillado por la policía, Scorpio es detenido por los documentos que libró Rogers y es condenado a muerte y ejecutado; Lula recupera su condición de mujer libre.

Ficha extraída de la página: http://peterdebry.blogspot.com.



Arnold Briggs

Lo siento por el muerto

Detective - 42

ePub r1.0
LDS 02.07.18

Título original: *Lo siento por el muerto*
Arnold Briggs, 1953
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




Lo siento por el muerto
por ARNOLD BRIGGS
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

En la profundidad de la calle Cuarenta y Dos, los anuncios luminosos trazaban una perspectiva sin fin. Bajo ellos había muchas sombras transitando, y adquiriendo sucesivamente diversas coloraciones.

Una catarata en rojo anunciaba el «Burlesk», uno más de la serie de teatrillos de mala reputación.

En el interior, desde el escenario, avanzaban dos pasarelas, y a los lados, las mesas de espectadores. Sobre las pasarelas, trepidaban las «girls» en desenfrenado charlestón, la danza que hacía furor en aquel año de 1928.

Por bebida, cerveza sin alcohol. Pero, eran muchos los que se aprovisionaban de sus propios frascos metálicos, achatados, portables en el bolsillo trasero del pantalón.

El gesto de beber fraudulentamente, confería a los que la efectuaban, un aspecto de hombres dispuestos a matar.

La policía metropolitana acudía escasamente en plan oficial a aquellos lugares. No ignoraba que eran sede de numerosos fichados. Pero sólo cuando era perentorio efectuaba una redada, de la que casi siempre escapaba el pez gordo.

En el «Burlesk» cuando terminaba el espectáculo, quedaban pocos animosos noctámbulos. Las dos pistas se iban despoblando, y hasta la hora de cierre dormitaban los camareros, y los escasos clientes eran poco interesantes, aquella noche del 9 de mayo.

La mayor parte de las coristas habían abandonado el local. Una de ellas, la primera de la fila, la que rompía la marcha, deslumbrante de sonrisas y de belleza carnal, Peggy Haynes, parecía esperar a alguien.

Sentábase al fondo, casi junto al arranque de una de las

pasarelas, en la penumbra. Tenía ante sí un intacto «bock» de cerveza.

De vez en cuando, entre cigarrillo y cigarrillo, aplicaba los labios al gollete de un frasco metálico que extraía de un bolsillo especial, abierto en el forro de la piel de marta.

En otra mesa, cuatro individuos, engominados los cabellos, anchas las espaldas de la americana, muy apretado el talle, conversaban con largas pausas de silencio.

En la mesa más próxima a las escalenas que conducían al vestíbulo de salida, dos hombres parecían amodorrarse, ahítos de aburrimiento.

Uno de ellos, ancho y de bastas facciones, parpadeó. Su compañero dejó de ser un flaco y huesudo dormilón.

Ambos miraron al que, entrando, se dirigía hacia la mesa ocupada por los cuatro elegantes barriobajeros.

—No es él —comentó Edgar Sikes, el anchó y basto.

Vernon Fraser, el huesudo de implacable brutalidad, tenía por costumbre abrir poco los labios para hablar. No era afectación, sino nativa dureza.

—Ella sigue esperándole.

Miró Sikes hacia donde Peggy Haynes, en la penumbra, aplastaba nerviosamente medio cigarrillo en el cenicero repleto de colillas.

—Puede que alguien haya dado el soplo a Scorpio.

—Nadie nos conoce en Nueva York. Precisamente por eso nos llamaron a Chicago.

Vernon Fraser empezó a hacer crujir sus nudillos. Su acompañante, tras larga pausa, masculló:

—Deja ya tus huesos, «Skelet».

—Me revienta el apodo y te consta Sikes.

—A mí lo que me revienta es que llevamos perdidas cinco noches. Y te estás poniendo nervioso, «Skelet».

Vernon Fraser apunto con el largo índice hacia Peggy Haynes.

—La moza sí que está fuera de quicio. Hace ya cinco días con sus noches, que no ve a su adorado Scorpio.

—«Big» Al Scorpio tiene mucho olfato.

—Pero aunque nos haya olido, ¿por qué no iba a venir? Y esta moza, ¿por qué está tan apurada? Yo sé adivinar cuándo una

persona suda de miedo. Esta moza tiene miedo, un miedo atroz, Sikes.

—Ha empinado mucho.

—Y así cinco noches con ésta. Lo cual no la impide llevar el volante con firme mano.

—Puede que nos tome por lo que no somos.

—Se ha acostumbrado a vernos. Mírala, ya recoge su piel, su bolso, y se levanta. Vámonos.

Edgar Sikes y Vernon Fraser habían ya pagado sus botellas de pálida e insípida cerveza.

La calle parecía triste, apagados la mayor parte de sus letreros. Los coches escasos se alineaban de trecho en trecho, bordeando la acera.

Entraron en el «Buick», cogiendo Sikes el volante.

La primavera, rebelde, obligaba a alzarse las solapas de los abrigos.

Peggy Haynes, sin mirar hacia el «Buick», se dirigió hacia el «Ford» de dos plazas.

En la Riverside, dijo Fraser:

—No va a su nido. Hay novedad, por fin.

—Mientras no sea demasiada novedad… Peggy habrá encontrado el medio de hacerle saber a Scorpio que hay dos individuos que la siguen a respetuosa distancia.

Atravesado el puente, el dos plazas, aumentando la velocidad, tomó la bifurcación oriental.

—Carretera nacional 60, que lleva a…

Desplegó Fraser el plano, colocándolo bajo el rojizo halo de la luz del cuadrante.

—Carretera 60… A Newburg, siete millas.

—Prepárate, Vernon. A las tres de la madrugada, las carreteras obscuras me hacen poca gracia.

Vernon Fraser se inclinó para alzar la madera entre sus pies. Apartó unos trapos aceitosos, una llave inglesa y una caja de parches, para extraer un fusil ametrallador.

Al atravesarlo sobre sus flacos muslos, dió una palmada en el portagatillos, a la vez que tanteaba el peine de treinta balas.

Edgar Sikes conducía atento a la luz piloto, distante unos veinte metros.

—Puede que nos esté llevando adonde espere «Big» Al Scorpio con sus chacales.

—Puede… Pero si fuera así, ¿por qué la moza está aterrorizada?

—No serviría de nada preguntárselo —rió ásperamente Edgar Sikes—. Es guapa Peggy, un rato guapa.

—Ya tienes guapa en Chicago, Sikes.

—Pero la mía está en Chicago, y ésta aquí.

—No te daría resultado intentar conquistarla. Dicen que está loquita por Scorpio.

—Pero maldito el caso que le hace a ella. Le sobran chicas a «Big» Al Scorpio.

—Ojo…

Enfocó Fraser el «Hotchkiss» hacia delante. En la recta carretera, se destacaba el blanco edificio solitario de una sola planta ante el que Peggy Haynes acababa de detener su coche.

Frenó suavemente Sikes.

Ella se apeó pasó junto al surtidor de gasolina, y entró empujando una puerta de cristales con tela metálica.

—Eso es una cantina para camioneros, Vernon.

—Eso parece. Toma, mientras echo un vistazo.

Cogió ahora Sikes el fusil ametrallador, permaneciendo en el asiento delantero del coche, sin parar el motor.

Vernon Fraser, hundida la diestra en el bolsillo del abrigo, avanzó hacia el umbral que reflejaba luces interiores.

Se detuvo un instante. Un local largo. La barra clásica de la cantina camionera. Un camarero, y al fondo, una mesita, con un hombre que, en pie, tenía puesta una mano sobre el hombro de Peggy Haynes, de espaldas.

Vernon Fraser, antes de entrar, presentó la palma de la zurda hacia el «Buick».

Edgar Sikes se arrellanó más cómodamente, en vertical entre sus piernas el fusil ametrallador.

El camarero, que acababa de llevar unos emparedados y cerveza a la mesa de la única pareja concurrente, miró interrogante al que se sentaba de lado en el alto taburete.

—Leche tibia —ordenó Fraser.

Tal como estaba, veía perfectamente a Peggy Haynes, que de perfil, mordisqueando un emparedado, negaba de vez en cuando,

mientras el hombre que la había estado esperando parecía insistir cada vez con mayor vehemencia.

El camarero colocó ante Fraser el vaso humeante.

Restalló ruidosa la bofetada, porque la mano del agresor se ahuecó al golpear la mejilla de Peggy Haynes.

Ella chilló:

—¡No lo repitas, Lloyd, no lo repitas!

Lloyd Leblanc alzó de nuevo la mano, pero en amago tan sólo.

El camarero, pasando el trapo por el zinc, advirtió indiferente:

—Oiga, amigo… Si han de discutir así, vayan a otro lado.

—¡Tú a lo tuyo! —le espetó Leblanc.

Peggy Haynes empezó a sollozar, con el rostro apoyado sobre sus manos a plano en la mesa.

Lloyd Leblanc miró agresivamente al flaco bebedor de leche, que fijaba en él una mirada contemplativa.

Pero reclamó su atención el hipo con que ella inició una extraña confidencia:

—Si no quiere «Big» que nos reunamos en el «Burlesk», lo mejor será irnos, antes que sea tarde.

—Cinco noches esperándote aquí como convinimos, y cuando te dignas acudir, es para decir tonterías. Levanta ya la cara, y explícate. ¿De qué tienes miedo? ¿No murió Rogers cuando intentaba fugarse? Lo han enterrado. ¿De qué tienes miedo, pues?

—Los periódicos dicen que Brant Rogers había jurado escaparse sólo para liquidar a unos cuantos… No dijo a quiénes, pero nosotros lo sabemos, Lloyd.

—Los muertos no matan ni a los gusanos que se los comen.

—¿Por qué se esconde Scorpio? ¿Por qué no podemos reunirnos como antes?

—Sus razones tendrá, y para esto es el que manda. Pero yo te pregunto, ¿por qué no viniste antes? Yo no soy ningún mequetrefe del que puedas burlarte. Eres mi novia, ¿no? Si a mí me prohibió Scorpio que fuera al «Burlesk», a raíz de escaparse Rogers, y antes de saber que lo habían matado a tiros, no vuelvo allá hasta que me de el aviso Scorpio, pero tú tenías que venir aquí.

—Me telefoneó, prohibiéndome que me reuniera contigo. Pero esta noche ya ha sido demasiado. No puedo aguantar más…

—¡Maldita seas, Peggy! ¡Rogers está enterrado! Los espíritus no

matan.

Ella, susurró, dilatados los ojos:

—«Lo siento por el muerto».

—¿Estás loca, Peggy del demonio? ¿Qué estás diciendo?

—Ayer, a las doce de la noche, me llamaron por teléfono, durante el descanso. Fui, y una voz me dijo tan sólo… estas cinco palabras: «Lo siento por el muerto». Nada más. Y esta noche, a las doce…, lo mismo… Es horrible, no te puedes figurar lo que asusta oír una voz suave que…

Lloyd Leblanc tenía su método personal para curar en seco los ataques de histeria. Un doble bofetón…

Una voz incisiva, mordiendo las palabras, advirtió sin nerviosismo, casi con aburrimiento:

—Delante de hombres, no se pega a mujeres.

Lloyd Leblanc saltó en pie, y contorneando la mesita, inquirió:

—Llevas ya tiempo de mirón, tú. ¿Qué se te ha perdido por aquí?

Vernon Fraser no tuvo que hacer gran esfuerzo para quedar en pie, desde el alto taburete. Sus largas piernas le facilitaban mucho las cosas…

Lloyd Leblanc, esperando la respuesta mordiéndose los labios, sacudió de su codo la mano de Peggy Haynes…

El camarero exclamó:

—¡Eh, eh, amigos! No peleen porque está por llegar el camión del pescado, y tienen siempre escolta de policía, por el aquello del licor. Una escolta forzosa…

—¡Te callas, tú! —barbotó Leblanc.

Peggy Haynes musitó:

—Déjalo, Lloyd. Siéntate, Lloyd.

Lloyd Leblanc se sintió generoso. Había algo que no le gustaba en la indolente postura del larguirucho de voz dura y mirada calmosa.

Dijo:

—Es mi novia, y tengo derecho a discutir a mi gusto, y sólo ella puede reclamar, ¿no?

Vernon Fraser se limitaba a mirar. Unos ojos grises, claros, poco humanos…

Lloyd Leblanc retrocedió hasta sentarse. El camarero se pasó por

la frente el trapo húmedo. Dijo:

—Si la chica lo merece…; no sabemos lo que pasa, y es lo mejor. ¿Espera usted a alguien, amigo?

Vernon Fraser, de espaldas a la barra, acodado en ella, no contestó.

En voz baja, Peggy Haynes iba diciendo:

—Este y otro, llevan cinco noches en el «Burlesk». Me siguen cuando salgo, en un coche negro, torpedo, «Buick».

—Entonces puede que sea a causa de ellos por lo que Scorpio… Escucha, tonta… Hay que salir de dudas. Soy tu novio, ¿no? Llama a ése, y pregúntale por qué te sigue.

—No, Lloyd. No sé por qué, pero me da miedo este hombre.

—Estás muy nerviosa, y Scorpio se puede enojar, si sabe que has perdido la serenidad. ¡Llámale, te digo!

Peggy Haynes miró hacia Fraser. Dijo roncamente:

—No quiero, Lloyd. Me da miedo este…

Adelantó la diestra Leblanc. Asió, por los cabellos a Peggy… Vernon Fraser recorrió los cinco pasos que le separaban de la mesita, sin prisas, pero abriendo el largo compás.

—En mi tierra no he visto a ningún hombre pegar a una mujer. Al menos, públicamente. Se lo avisé ya.

Lloyd Leblanc se encorvó, apartando la diestra del cabello rubio. Peggy Haynes casi cayó al pretender levantarse deprisa.

Vernon Fraser empujó la mesa con brutalidad, empuñándola por debajo.

El camarero se agachó, protegiéndose bajo el mostrador. Había visto el gesto rápido de Leblanc, llevándose la diestra al costado.

Sonó un estampido, y la bala se incrustó en la madera. De lado, Fraser alargó un brazo y, cogido del cabello, Lloyd Leblanc pareció subir hacia el techo, ayudado por el gancho que le izó en izquierdazo seco bajo la puntiaguda barbilla.

La mesa le había desviado la pistola, haciéndola saltar de su mano.

Soltó Fraser el cabello grasoso, pero su izquierda cerrada se hincó en el estómago de Leblanc, mientras éste descendía…

Una perfecta sincronización de movimientos, que culminó con el mazazo de la diestra en la nuca del inclinado Leblanc.

El camarero, atisbando, hizo una mueca de repulsión. El pie

izquierdo de Vernon Fraser acaba de chocar contra la cara del yacente…

Peggy Haynes había presenciado muchas brutalidades, pero la fría contundencia del larguirucho desconocido, la soliviantó.

No quería a Lloyd Leblanc, que la tenía aterrorizada, pero gritó:

—¡Déjelo ya, cobarde!

Vernon Fraser dejó en suspenso el segundo puntapié. Miró con extraña indiferencia a Peggy Haynes.

—Cobarde él, que además de pegarla sacó un arma, teniendo yo las manos desnudas.

Peggy Haynes corrió hacia la puerta. Hacía ya dos noches que le parecía estar presa en una ratonera de alambrada invisible.

Vernon Fraser señaló en el suelo a Leblanc:

—Este paga el gasto.

El camarero prefirió no discutir. Sabía que Leblanc era un pistolero al servicio de Alfred Scorpio. Y viéndole sangrando, fuera de combate, sacaba una fácil deducción…

Y respiró al quedarse solo con el desvanecido. Fué a tirarle el contenido de un jarro de agua helada. Allá ellos…

CAPÍTULO II

En el coche, siguiendo la estela de la luz piloto, preguntó Sikes:

—¿Quién disparó, «Skelet»?

—Un tal Lloyd.

—Lloyd Leblanc. Está apuntado en la lista, como pistolero de la banda de Scorpio. Ella ha salido desmelenada, corriendo, como alma perseguida por el diablo. ¿Por qué disparó Lloyd?

—Estaba zarandeando a la moza, y se lo eché en cara.

La risa de Sikes era gruesa, grave, sarcástica.

—Digas lo que digas, eres un sentimental, Vernon.

—No me gusta ver pegar a una mujer, sea como sea la mujer.

—No hemos venido de Chicago para proteger mujeres.

Viraba el «Ford» dos plazas, y una pancarta quedó un instante iluminada por los faros del «Buick».

«Newburg, 7 millas.»

Pero el «Ford» se había parado. Y frenó Sikes, hasta que el parachoques delantero rozó el posterior del dos plazas.

No se veía casa alguna. Densa obscuridad…

—Baja tú, Sikes. A lo mejor le sonsacas algo.

Edgar Sikes se dirigió hacia el coche, cuando se hubo, cerciorado de que su acompañante dirigía hacia las tinieblas en rededor el cañón del «Hotchkiss».

La luz del cuadrante daba un halo rojizo al pálido semblante de la corista.

Sikes se apoyó en la portezuela, repicando en el cristal.

Abrió ella.

—¿Avería? —inquirió, amablemente, Sikes.

—Cinco noches seguidas viéndoles a los dos. ¿Por qué me siguen? ¿Qué pretenden?

—Hablar con «Big» Al Scorpio. Nadie sabe darnos razón de dónde está, pero alguien nos dijo que usted era muy buena amiguita de Scorpio. Y hemos pensado que llegará un momento en que Scorpio asome. Sólo eso queremos. Hablar con Scorpio.

—Yo no tengo nada que ver con ese que buscan.

—Miente usted con mucha sinceridad, Peggy, pero saldrá ganando si se pone de nuestra parte.

Ella encendió un cigarrillo. Edgar Sikes subió, sentándose y cerrando la portezuela.

—Usted, ¿para qué quiere ver a Scorpio?

—Para hablarle. Nada más.

—No sé dónde está. Hace ya cinco días…

—Tendremos paciencia. ¿Por qué ha parado aquí, precisamente aquí?

—Para terminar de una vez. No conseguirán más que perder el tiempo. Y su amigo que se cuide. Lloyd es rencoroso.

—Se cuida, no se preocupe.

—¿De qué parte son ustedes? No les vi hasta hace cinco días, pero si querían hacerme daño… pensé que ya… ¿Para quién trabajan?

—A lo mejor queremos trabajar para Scorpio.

—¿Están con Kennedy?

—No.

—¿Con Antonio Bracco?

—Independientes por completo. Y somos seguros, créalo. Con nosotros dos, está usted a cubierto de todo riesgo.

—¿De qué riesgos? —inquirió ella, trémula.

—De todos los imprevisibles. Comprenda que si tuviéramos algo, en contra de usted, no perderíamos así las noches.

—Tengo, cansancio. Quiero dormir. Baje del coche.

—No es preciso. Que conduzca Vernon el «Buick». Quiero ver si llegamos a un acuerdo, Peggy. Usted le tiene miedo a algo o a alguien. A lo mejor, nosotros la sacamos de apuros.

Ella maniobró con destreza, y al reemprender el regreso a la capital, comentó:

—Su amigo Vernon nos sigue. ¿Qué clase de tipos son?

—Firmes como la roca, seguros cómo un cerrojo de Banco, claros como el agua de manantial…

—Casi es simpático usted. Pero el otro…

—No sea ingrata, muchacha.

—Yo no le pedí que maltratara a Lloyd. Al fin y al cabo, Lloyd tenía derechos sobre mí. Él me encontró trabajo en el «Burlesk».

—Poco ha de valer Lloyd. Escuche, Peggy… Mis novias nunca tenían miedo de nadie.

—¿Tantas ha tenido?

—Una por temporada. Llamo temporada a la duración en ellas de su amor, o de mi capricho.

—Usted es de cuidado. Debería parar y echarle, pero hay momentos en que una mujer se encuentra muy sola.

—¡*Okey*! También nos pasa a los adanes. ¿Se decide a contarme sus secretitos?

—No los tengo.

Crispó ella las manos en torno al volante, y Sikes dejó de ser un tosco galán, para adelantar el busto, doblando un codo, el izquierdo, junto al parabrisas.

El camión pasó como una tromba férrea…

Se echó hacia atrás Sikes, colocando de nuevo la automática en el bolsillo del abrigo.

—Vernon se cree que usted nos llevaba a una emboscada.

—¿Por quién me han tomado? Soy una corista, y nada más.

—Scorpio no es ni mucho menos una corista.

—Acudía al «Burlesk» y conocía a Lloyd. Nada más.

—Como quiera, Peggy.

Atrás, a menos de una decena de metros, Vernon Fraser conducía, ceñudo. Otras veces, los métodos rudimentarios de galanteo empleados por Sikes, con rudimentarias Evas, daban resultado.

Era taimado, paciente. Y había conseguido quedarse junto a Peggy Haynes.

La ciudad dormida tenía aspecto de colmenar en el Bronx, donde en la estrecha callejuela, Peggy Haynes solía encerrar su coche en el zaguán de un almacén de granos.

Se aproximó Sikes al parado «Buick», mientras el «Ford» penetraba por el callejón lateral hacia el almacén.

—Creo que está en el saco, Vernon. Está de acuerdo en darme una copa en su pisito. ¿Te das cuenta?

—Ojo con ella, Sikes.

—Los tengo muy abiertos.

—¿Qué pasa conmigo?

—Hay preguntas ingenuas, «Skelet». Sobras. Vete a dormir.

—Ojo con ella, Sikes.

—Está asustada, y con tal de pasarse hasta el amanecer temblando, me encuentra guapísimo. Poco he de valer si, para el desayuno, no tengo una pista para dar con Scorpio.

—Bien. Suerte, Sikes.

Edgar Sikes hizo un guiño picaresco, antes de acudir a la esquina donde Peggy Haynes acababa de aparecer.

Les vio Fraser desaparecer en el umbral que daba acceso a ocho pisos de pequeños departamentos.

Dió marcha atrás, y al poco, en una habitación de dos camas del hotel llamado pomposamente «Ambassadors», se desnudaba.

En la mesita de noche, dejó atravesada la automática. Pensó, en la hermosa, vulgar y aterrorizada corista. Sikes era astuto como un zorro. Una corista asustada no era adversario para el zorruno Sikes.

Sé removió un poco en la cama, tratando de buscar mejor acomodo para sus pies, que rozaban los barrotes.

¿De qué estaba asustada Peggy Haynes? ¿De ellos dos? Ya lo averiguaría Sikes.

Encontró por fin la postura adecuada. Pensó en Alfred Scorpio, «Big» Al. Un tipo difícil, que unía a una fuerza descomunal un cerebro avispado.

Y la curiosa manía de llevar siempre un junquillo, con el que jugueteaba, cogiéndolo del centro. No lo empuñaba, ni se apoyaba en él. Jugueteaba, y a veces lo cogía, casi por la puntera…

Al menos, eso contaban los que le habían visto cimbrear el junco, y clavar en carne humana, el puño.

Un gracioso arco de hierro, un garfio. Como un escorpión… Como su apellido…

¿Qué estaría haciendo Sikes? Sonrió sin alegría.

Pero en aquel mismo instante, Edgar Sikes, el taimado y veterano Sikes, yacía muerto, abierta la frente por un hierro picudo.

La misma marca que laceraba la nuca de Peggy Haynes…

CAPÍTULO III

—La puerta estaba abierta, y le quise llevar a Peggy el periódico y el botellín de leche. En el mismo recibidor… La sangre…

—Ya está bien, abuela.

El comisario Macguire abandonó la sala de interrogatorios, para bajar las escaleras y meterse en el coche oficial.

Dijo:

—A casa de Sullivan. El concejal. 153, Quinta Avenida.

* * *

Walter T. Sullivan no desayunaba hasta las nueve. Pero el ayuda de cámara, insistió:

—… el comisario Macguire, señor.

Acabó Sullivan de despertarse. Poco después entraba en el salón.

—Buenos días, señor Sullivan.

—Son las ocho y media, apenas, comisario.

—A mí me despertaron a las siete y diez. ¿Dónde está Scorpio?

El concejal reelegido recientemente, fingió un asombro perfectamente logrado.

—¿Scorpio? ¿Se refiere al pistolero?

—Sí, a «Big» Al Scorpio.

—Oiga, Macguire, no me gusta el tono que emplea.

—Conmigo no debe disimular, Sullivan. Es un secreto a voces, que en las dos campañas electorales, Scorpio fué su reclutador de votos. Scorpio es algo así como su secretario muy privado, Sullivan. ¿A qué viene hacerse el inocente conmigo?

—¡Vigile sus palabras, Macguire! ¡Le puedo hacer destituir por

imputaciones calumniosas!

—No está usted en su despacho, Sullivan. Un forense ha dictaminado que el instrumento que mató a Peggy Haynes y a un desconocido, por ahora sin identificar, corresponde a un hierro agudo, manejado como un pico. Peggy Haynes fué en tiempos muy amiga de Scorpio.

—La dejó, y ella se hizo amiga de Lloyd Leblanc. No pretenderán acusar de estas dos muertes a Scorpio…

—Scorpio lleva unos días sin aparecer por los sitios donde acostumbraba ir. Le están buscando… No con orden de detención. Sé el terreno que piso, señor concejal. Quiero, mientras pueda, seguir en mi puesto. Basta con que Scorpio nos demuestre claramente dónde estuvo entre dos y cuatro de la madrugada. Si es fidedigno su testimonio, quedará en privado, en mis archivos, y buscaremos por otro sitio.

Walter T. Sullivan sonrió campechano.

—¿Qué le parece el testimonio de la señora Henderson, de su marido y el del matrimonio Harold H. Taylor?

—Cuatro personas honorabilísimas.

—Yo me retiré hacia la una, pero, ellos continuaron jugando al *bridge*, aunque supongo que al final impondría Scorpio un *póker*. En el domicilio de los Taylor.

—¿Puedo inquirir qué hacía Scorpio en casa de Taylor?

—Tiene caprichos. Hace ya cinco días que está allí, sin salir. Aquí tiene el teléfono. Taylor estará desayunando, porque ha de llegar antes de las diez una reunión…

El comisario Macguire señaló el teléfono. Fué Sullivan el que pidió comunicación, y al poco saludaba:

—Hola, gran hombre. Aquí está mi amigo el comisario Macguire que quiere hacerte unas preguntas estrictamente particulares, y que archivará. Le cedo la palabra.

Dijo Macguire:

—Buenos días, señor Taylor. ¿Hasta qué hora se prolongó la partida anoche?

—Hasta las tres y un pico, comisario.

—¿Quiénes formaban la partida?

—Mi esposa, el matrimonio Henderson… y Scorpio.

—Gracias. Puedo entonces dar por sentado, que no abandonó la

partida Scorpio.

—Fuí yo quien la abandonó. Pero ellos siguieron jugando hasta… Un momento.

Se oyó un rumor, y dijo de nuevo Harold H. Taylor:

—Me informan que la partida terminó a las cuatro y cuarto.

—Gracias, señor Taylor. Abusando de su bondad, informe a «Big» Al Scorpio que alguien emplea un bastoncillo parecido al suyo, o al menos, un garfio como el que adorna su junco. Lo leerán esta tarde, en la primera edición. Puede añadir que la asesinada era Peggy Haynes. Nada más, y repito las gracias.

Colgó, y encogiéndose de hombros, comentó:

—Indudablemente no puede tener mejor coartada. Espero no haberle molestado, señor Sullivan.

—¡De ningún modo, de ningún modo! ¿Un buen café y un habano, Macguire?

—Con gusto los aceptaría, pero he de volver al trabajo. ¿Le dan con frecuencia a Scorpio estos ataques de reclusión voluntaria?

—Que yo sepa, es la primera vez. Ha dormido alguna noche aquí, y en casa de los Taylor, pero nunca cinco noches seguidas, y todo el santo día sin salir. Pero ya sabe cómo es Scorpio. Un niño grande.

Macguire sonrió, y seguía sonriendo, hasta que llegó al coche. Era especial el concepto que tenía Walter T. Sullivan de los niños.

Grande sí, por su anatomía. Pero ¿niño? Entre dientes masculló:

—En esta podrida ciudad, dudo hasta de que haya niños. Crecen muy aprisa.

—¿A dónde, señor?

—Al domicilio de Harold H. Taylor. Busca en la guía… ¡No, déjalo! A comisaría.

* * *

En el departamento de identificación, el comisario Macguire fué informado de que seguía sin ser conocida la personalidad del cadáver hallado en el piso de Peggy Haynes.

Ningún documento, arrancadas las etiquetas del abrigo y americana… Un cargador de siete balas, calibre 7’65. El asesino debió llevarse la pistola.

Del primero al último inquilino, ninguno aportaba el menor indicio. Todos declaraban lo mismo. No oyeron ruido. Dormían.

Todos dormían siempre que moría alguien relacionado con cuadrillas de «gangsters»…

CAPÍTULO IV

Vernon Fraser, a las diez en punto, abandonó el hotel. Lo convenido cuando uno se ausentaba, era no dejar transcurrir más de seis horas, sin comunicarse.

Detuvo el coche antes de llegar al callejón. Hervía la colmena despierta.

Pero había demasiado hervidero ante la puerta por la que hacia las tres de la madrugada habían desaparecido Sikes y la corista.

Y una moto con sidecar, muy elocuente. Policía.

Se acercó a un grupo, escuchando. Fué a otro corrillo de mujeres. Un cuarto de hora después, conducía el «Buick» hacia el puente de acceso a la carretera nacional 60.

La cantina que nunca cerraba, tenía ahora ocho voraces clientes. Camioneros del ganado.

El camarero, del turno diurno, interrogó con la mirada.

—Leche tibia.

Habían matado a Sikes, sin identificarlo. Llevaba la investigación el comisario Macguire…

«Dicen que con un hacha», había asegurado una mujer.

«A golpes de martillo… La sangre inundaba el piso».

«Esta pobre chica tenía que acabar mal».

—¿Dan hospedaje? —inquirió Fraser.

—El de la gasolina.

Junto al poste, leía un periódico, un individuo con mono azul.

—Una habitación para mí.

Se levantó para señalar hacia el fondo. Un cobertizo al lado izquierdo del local-cantina.

—Allí hay cuatro camas, pero ocupadas. Queda libre una a las doce.

—Puedo esperar allí.

—Mejor en la cantina.

—Hay mucho ruido. Esperaré allí.

—Bueno. Hay una mecedora en el pasillo, pero cuando venga la mujer de limpieza, tendrá usted que llenar, la hojilla, y pagar un día adelantado.

—Ésa es la buena costumbre.

Reanudó el viejo su lectura.

En el pasillo había, una mecedora, pero no era lo que buscaba Vernon Fraser.

La puerta al fondo, era cuarto de aseo. A cada lado, dos puertas.

El ojo de la cerradura era cómplice. Pero donde dormía un hombre con la cabeza vendada, la puerta estaba sólidamente encajada en sus goznes y cerrojo.

Contorneó el patio. Había la suficiente distancia para que unos cristales rotos no llamaran la atención del mecánico.

Y los durmientes roncaban.

Dio con el codo en la cristalera. Un tintineo de carillón, al caer en añicos, los cristales sobre la alfombra.

Y giró la manija, para saltar el encuadre como si saltara una valla.

Arrancado brutalmente de su sopor, Lloyd Leblanc permaneció respirando entrecortadamente, mientras le sujetaban la nuca y la muñeca derecha.

La mano le quedó bajo La almohada, en contacto con la culata. Su cara aplastada contra el colchón cubierto de dudosa sábana.

—Hemos de hablar, Lloyd. Te conviene.

Los dedos que se le hincaban en la nuca y en la muñeca parecían varillas de hierro. Gimió dolorido y furioso, dejando de oponer resistencia, y retrocediendo el brazo derecho.

Quedó libre su nuca, al suelo la almohada, y la automática pasó al bolsillo izquierdo del abrigo de Vernon Fraser.

Lloyd Leblanc se ladeó, incorporándose después hasta sentarse, adosado a los barrotes. En camiseta, resaltaban los bíceps, cuando para dominarse, aferró el curvado barrote superior.

—Yo me despedí a eso de las dos y cuarto, Lloyd. Te aconsejo que no me respondas con malos modos. Si te hago preguntas, es por tu bien. ¿Qué pasó cuando yo me fui?

Lloyd Leblanc, sin pistola, cambiaba mucho. Y ante los ojos grises, plateados, escrutadores, se acobardó.

—Me curaron los camioneros del pescado.

—¿Y después?

—Esperé por si volvía Peggy.

—¿Aquí?

—En la Cantina.

—Hasta muy tarde, seguramente.

—No pude aguantar esto —y se tocó el vendaje de sotabarba—. Me tumbó a las tres y pico.

—¿Ha de venir hoy Peggy?

—¡Yo qué sé! No comprendo qué pasa contigo.

—De momento tratemos de saber lo que va a pasar contigo. No tardará en venir a buscarte la policía.

—¿A mí? ¿Qué he hecho yo? ¿Por haberte… fallado?

—Lo mío, ya quedó arreglado. Es por Peggy.

—¿Peggy? Esta maldita… ¿Qué ha dicho?

—Nada que yo sepa. Son muy discretas las muertas.

Lloyd Leblanc dejó caer los brazos. Sus labios temblaron, y dijo:

—No tengo pitillos.

Vernon Fraser tiró uno sobre la cama. De la silla que oficiaba de mesita de noche, cogió Leblanc el librito de cerillas. Aspiró con fuerte chupada.

—¿Cómo fué…?

—En su piso, donde entró con el que me acompañaba. Los mataron apenas entraron, por lo que decía un periodista. No tuvo él ni tiempo de sacarse el abrigo.

—Yo… me pasé en esta Cama… ¡No puede ser, no puede ser!

—Pagan los pececillos, y si la policía da contigo, te vas a ver complicado. Hubo bofetones y estirones de cabello, como principio. Después, ella se va con mi compañero.



—No tardará en venir a buscarte la policía —dijo Fraser

—Tengo que largarme, sí… Tengo que largarme.

—Será si yo te dejo, ¿no, Lloyd? Puedes vestirte, pero trata de no mentir. Ella pronunció un apellido con mucho respeto: Rogers. Brant Rogers.

Poniéndose los calcetines, replicó Leblanc:

—Rogers estuvo con nosotros… Trabajaba para Scorpio. Fué

cogido, y le dió por pensar que nosotros le habíamos delatado. Juró que nos liquidaría a todos.

—¿Cuántos esos todos?

—Scorpio, yo, Peggy, Antonucci y Evelyn.

—Entonces, ya cayó una.

—¡Pero si Rogers está pudriéndose! Le mataron a tiros, cuando intentaba escaparse… ¿Y tú que buscas, qué…?

—Pregunto yo, Lloyd. ¿Qué más te dijo Peggy?

—Estaba asustada porque cuando supimos que Rogers había escapado, Scorpio nos ordenó escondernos.

—Peggy no se escondía.

—Scorpio le aseguró a ella, que no pasaría nada. Y luego supimos que habían matado a Rogers. Empezó Peggy a creer en fantasmas, porque hace dos noches, algún borracho, le telefoneó para decirle tan sólo: «Lo siento por el muerto». Y repitió anoche.

—¿Dónde vas a esconderte, Lloyd?

—Scorpio me facilitará el escape…

—Seguro. Vámonos.

—¿Para qué seguías a Peggy?

—Porque tengo que hablar con Scorpio.

—¿Y crees que yo te voy a llevar?… ¡Escucha! No sé dónde está Scorpio. Además, él sabe que yo estoy aquí. Sólo él, Peggy y tú. Me llamará aquí cuando se entere, seguro… Y aquí esperándolo, yo no tengo que temer de la policía.

—Pero, sí sabrás dónde está Evelyn.

—Es la mujer de Antonucci.

—Mejor. ¿Y dónde está Antonucci?

—¡Yo qué sé!

El largo brazo derecho de Fraser se proyectó hacia delante, mientras permanecía en el bolsillo de su abrigo la mano izquierda.

Un puñado de jersey quedó entre los dedos de Fraser.

—Te va a doler si te quito el vendaje, Lloyd. ¿Dónde está Antonucci?

—Tiene… parientes en el barrio italiano. Hay un restorán con el apellido, en la calle Garibaldi. Ellos puede que sepan dónde se metió Antonucci.

—¿Por qué os escondéis?

—A raíz de escaparse Rogers, lo exigió así Scorpio.

—¿Tenía razón Rogers? ¿Le delatasteis?

—Brant Rogers era un mal bicho. Violento, con un genio imposible. Hasta el mismo Scorpio estaba harto de él… Pero ha muerto. El propio Scorpio vio el cadáver.

—¿Cómo lo sabes?

—Telefoneó para decírmelo. Y también para decirme que hasta nuevo aviso, siguiera donde estaba. Pero si han matado a Peggy, no tardará en telefonearme.

—Esperemos pues. ¿Vamos a desayunar, Lloyd?

—No te adivino… Seguías a Peggy, y ahora…

—A ti. Hasta dar con Scorpio.

—¿Te envía Kennedy?

—¿Por qué me ha de enviar Kennedy?

—Como no es amigo de Scorpio, pensé…

—Ahora, trabajo solo, y tengo casi tanto interés cómo tú, en saber quién mató a Peggy, puesto que mataron también a mi compañero. Te voy a hacer una advertencia, antes de que pasemos a la cantina, Lloyd. Nos conocemos de poco. Yo no busco nunca la camorra, pero hasta hoy en cuantas me he metido, se arrepintieron los otros. No te arrepientas tú. ¡Deja la chaqueta! Tiene sangre… Echa delante, y hazme caso. Perderé contigo unas horas…

—¿Y si viene la policía? No llevo mi…

—Está en buenas manos. La llevo yo. Adelante, Lloyd. Te conviene un buen desayuno. Estás como… un aspirante a muerto…

CAPÍTULO V

—Para usted, Leblanc.

El camarero señalaba la cabina de la que acababa de salir. Lloyd Leblanc se levantó, y Fraser imitándole, expuso:

—Escucharemos los dos, y responderás normalmente tú.

En la cabina, casi juntos, cogió Fraser el auricular, dejándolo en el aire, entre los dos rostros.

Señaló la boquilla, Lloyd Leblanc saludó:

—Hola, jefe. Soy yo, Lloyd. ¿Qué novedades hay, jefe?

El auricular gangueó:

—Te buscan, Lloyd. Vete anochecido al cenador del corso. Espera allí.

—¡Oiga, oiga, «Big» Al! ¡Yo…!

Pero Fraser colgó el auricular, y denegó con la cabeza. Lloyd Leblanc quedó asiendo la boquilla.

—Ya lo has oído, Lloyd. Anochecido… ¿Es corso Antonucci?

—Sí.

—¿Y quieres hacerme creer que no sabes dónde está Scorpio?

—Yo no quiero hacerte creer nada… Me buscan. Ya lo has oído. Darán conmigo.

—Peggy no lo dirá, yo tampoco. Tómate un trago de agua, Lloyd.

—No está claro eso… ¿Por qué sigue escondiéndose Scorpio? Si está muerto Rogers, ¿por qué se esconde?

—Piensa en otras cosas, Lloyd. Hasta que anochezca, hay tiempo.

—Yo no quiero escaparme. Voy a echarme un poco.

—Después, Lloyd. Después de comer, una siesta, es lo sano, según los mejicanos. ¿De dónde eres tú?

—De Nueva Orleans. ¡Dios! ¿Quién mataría a Peggy?

—Lee este periódico. Es atrasado, pero tiene cuatro páginas de historietas.

—¿Vamos a estar codo a codo, hasta cuándo?

—Hasta que me de la gana. Dímelo si te parece mal.

Lloyd Leblanc cogió el periódico. Lo desplegó más ostensiblemente cuando en la cantina aparecieron dos policías:

Uno de ellos pidió un vaso de agua. El otro fué mirando a los que almorzaban en la barra, y en las dos mesas del fondo. Una mirada profesional, sin objetivo.

Se marcharon.

—Para usted, Leblanc —volvió a decir el camarero, hacia la una.

En la cabina, mantuvo en el aire Fraser el auricular.

Dijo ansiosamente Leblanc:

—Yo soy, jefe. Yo, Lloyd.

Una voz lenta, silabeó:

—«Lo siento por el muerto».

Y se oyó como un punto final acústico, el sonido de cese de comunicación.

Vernon Fraser abandonó la cabina, para preguntar, de espaldas contra la barra:

—¿Qué hay para comer?

—Carne, huevos y pescado. Fruta y queso. Café y leche. Galletas y mermelada.

—Todo sirve, si me lo presentáis en plato limpio. Doble ración, en la mesa de Leblanc.

Lloyd Leblanc sentado, ojos cerrados, murmuró:

—Lo mismo le dijeron a Peggy, ayer noche a las doce. Y anteayer a la misma hora. ¡Tengo que ver a Scorpio!…

—Con calma. Ahora a llenar el depósito. Y anochecido, en mi «Buick» te llevaré al barrio italiano. En cierto modo, estamos aliados, Lloyd. Tú no quieres morir, y yo quiero encontrar al que mató a Peggy, porque murió mi compañero. Como ves, tenemos por distintos motivos, un mismo interés.

—Sí. ¿Cómo puedo yo enterarme si Rogers ha muerto?

—Lo llevó la prensa, y la policía no iba a mentir, ni dejarle en libertad de matar. De todos modos, hay un registro en los Depósitos forenses. Cualquiera puede leerlo, declarando un nombre falso, y

preguntando por un amigo llamado Rogard. Abren la página por la «R» y siguen el dedo del funcionario, hasta que tropieza con Rogers.

—Quiero estar cierto que murió. Del todo cierto. Entonces sabría si es Kennedy o Bracco… aprovechando que estamos separados, que quieren liquidar la banda… Scorpio no debería tenernos separados.

—Pero están desperdigados, y a merced de cualquiera. Ésta es la realidad. ¡Vaya jefecito que está resultando tu Scorpio! No te molestes en hacerme creer que te estoy convenciendo, y que me seguirás dócilmente. Eres cobarde, desarmado, y te estás aguantando las ganas de escapar. No lo intentes, y vamos ahora a comer en fraternal mano a mano.

Lloyd Leblanc no hacía mucho honor a la sencilla comida. Vernon Fraser comía con apetito, y al terminar, dijo:

—Si no estuvieras tan obsesionado, pensando en cómo te las arreglarás para escapar, me preguntarías por qué comiendo tanto, parezco un alambre. Tengo, la solitaria.

—No estoy para chistes.

—Ni yo. Y sería un chiste muy malo, que creyeras que llevándome al restorán de Antonucci, darás con el medio de librarte de mí.

—No vamos a pasarnos juntos el resto de vida que nos queda.

Tras enjuagarse la boca con un sorbo de leche tibia, Vernon Fraser, al máximo de indiferencia sus claros ojos, fijos en el pistolero de Scorpio, dijo:

—Desde muy chiquito, empecé a tener un don. Acertaba en mis presagios. Veía a una persona, y me decía yo: «Durará poco». No fallaba… Y a medida que he ido creciendo, y fíjate que estoy bastante grandecito, se ha desarrollado también esta facultad. Creo, Lloyd, que te queda muy poco por vivir.

Lloyd Leblanc rezumó odio por todas las facciones, que el vendaje no inmovilizaba. Apartó sus ojos de aquéllos tan claros, que le miraban tan indiferentemente…

—¿Se puede uno tender?

—Se puede, Lloyd.

Vernon Fraser, colocó el importe de la comida, sobre el papelito en el que con lápiz acababa el camarero de efectuar la cuenta.

Lloyd Leblanc, por la puerta trasera de la cantina, pasó al patio

que daba acceso posterior a las cuatro habitaciones.

Se estremeció cuando al empujar la puerta, una sombra se agrandó…

Llevó inútilmente la diestra en rápido movimiento a su bolsillo. Desde atrás, la voz calmosa, incisiva, dijo:

—Te va a pedir cuentas del cristal roto, Lloyd. Dile que fué sin querer.

El encargado de cobrar calculó:

—Un dólar de cama, si continúa ocupando el cuarto, y dos de cristales, señor Leblanc. He puesto dos nuevos.

—Ahí va el mío por mi cuarto —dijo Fraser, tendiendo un billete.

El encargado y la mujer de limpieza se fueron. Lloyd Leblanc empezó a desnudarse.

Desde la puerta, notificó Fraser:

—Aquél es mi cuarto, Lloyd. Pero prefiero esta mecedora. Deja tu puerta abierta, y desde el pasillo, velaré tu sueño. No me des las gracias. Soy así.

Vernon Fraser empezó a balancearse en la mecedora, frente a la puerta abierta.

Lloyd Leblanc, tendiéndose, empezó a rumiar cómo podría despegarse de aquel odioso y enigmático individuo de ojos claros, pero negras intenciones.

El leve chirrido de la mecedora semejaba el rítmico balanceo de un péndulo…

CAPÍTULO VI

—¿Cómo he de decírtelo, Maureen? Estoy preparando mi tesis de doctorado, y estamos en primavera. Me examino en junio, Maureen. Estamos en primavera… y encima añades la tentación de tu visita. ¡No puede ser, Maureen!

La respuesta de Walter Stanley era débil, pese a su bien musculada persona de estudiante deportivo.

Pero en su cuarto de estudio, por la ventana abierta entraban los efluvios primaverales, y por la puerta acababa de asomar la imagen femenina de la primavera.

Maureen Macguire, malicioso el semblante por la respingona naricilla, poseía, un tesoro en la cálida picardía de sus ojos de escocesa.

«Violetas de nuestras colinas de allá», los comparaba el estudiante de química, cuando junto a ella se independizaba de sus formularios.

—He venido porque te necesito, Walter.

—Esta mañana me dijiste lo mismo, y casi en pijama tuve que ir a sacar unas fotos, bastante desagradables. La pobre corista asesinada y…

—¡Puede ser mi triunfo como reporter, Walter! ¡Coge tu cámara y vámonos! ¡Tengo una pista… yo sola! Nadie más…

—Maureen, casi me arrepiento de haberte hecho caso. Me gustaba la fotografía, pero artística, querida… Y me estás convirtiendo en un fotógrafo de truculentos cadáveres…

—Así, cuando nos casemos, seremos la pareja complementada. Yo, la que pregunta al interviuvado. Tú, el que retrata.

—Tengo que graduarme de ingeniero químico, y no de…

Pero Walter Stanley abandonó sus libros y apuntes, para coger el

estuche de la cámara. No cabían argumentos contra los besos de su novia, la hija del comisario Macguire.

* * *

El hombrecillo miró con inquietud la caja de cuero, que como un morral colgaba en banderola al hombro atlético del joven acompañante de la periodista «aficionada».

Miró también en torno con idéntica inquietud, pero los concurrentes del bar, se ocupaban de sus propios asuntos.

—Ya estamos aquí, señor Murray —sonrió Maureen—. Ya le he explicado a mi novio, que después de interrogar a los vecinos de Peggy Haynes, usted ha sido el único que con gran amabilidad me ha revelado confidencialmente un detalle importantísimo. Mi novio dibuja estupendamente. Puede usted empezar, señor Murray.

Murray se esponjó la frente y después la boca con un pañuelo de poca pulcritud, excusable en un solterón. Dijo con voz poco firme:

—He de insistir de nuevo, señorita reportero. No comprendo cómo pude dejarme sonsacar, lo que no he dicho a la policía. Y cuando se sepa que yo…

—Le repito, señor Murray, que para nada será usted citado. Seguiré la pista, sin mencionarle. Mayor mérito para mí.

—Más que a la policía, lo que temo son las represalias de los que puedan andar mezclados en todo esto del asesinato de Peggy y su acompañante. Ella fué amiga de Scorpio, y además pertenecía a su banda. Tiene un novio de muy mal temple, como ya le expliqué hace una hora. Lloyd Leblanc es otro de los pistoleros de Scorpio.

—Pero usted, no figurará para nada, señor Murray. Ande, sea bueno, y para que le oiga mi novio, cuénteme de nuevo su estupenda oportunidad.

—¿Oportunidad? Ojalá no hubiera visto nada… No comprendo cómo pudo usted convencerme…

—Será porqué mi novia sabe compensar los sudores ajenos —dijo Stanley, que sobre la hoja de un block de dibujo alineaba lápices de colores—. Ella quiere ser una gran periodista, y no le importa quedarse sin ahorros, con tal de obtener un reportaje sensacional. Vamos a ello, señor Murray.

Murray, que había cobrado quince dólares una hora antes,

cuando con sus titubeos demostró saber algo a la periodista, se resignó a declarar, pero reiterando antes:

—Lo negaré todo, si van a la policía. Diré que lo han inventado…

—De acuerdo, de acuerdo. Adelante, señor Murray.

—Pues verán… Muchas son las noches, en que regresó hacia la una, ya que estoy empleado en la contabilidad de una casa que cierra sus puertas a la medianoche. Algunas veces me entretengo más; ayer, mejor dicho, esta madrugada, eran ya las dos, cuando subí a mi departamento. Estaba desvistiéndome, cuando oí dos coches pararse. Son pocos los coches por este barrio. Me asomé, y vi a Peggy en la esquina. Había ya dejado, el suyo, y un hombre que venía del otro coche parado, la cogió del brazo. Entraron en la Casa. No era Lloyd Leblanc… Era el hombre que esta mañana la policía encontró asesinado.

—Tenemos las fotos. Adelante.

—Oí perfectamente como Peggy abría la puerta, y también lo que decía. Mi departamento es el anexo y… yo mantuve mi puerta entreabierta. Reconozco que soy curioso…

—Bendita sea la curiosidad en este caso, señor Murray.

—Oí cómo Peggy decía: «Por eso la escogió Lloyd, porque es una cantina tranquila, y los camioneros de Newburg sirven de pantalla sin saberlo»… Estaba abriendo la puerta, y su acompañante debió intentar besarla, porque ella protestó: «No se equivoque conmigo, Sikes». Entraron, y yo cerré la puerta sin ruido. De madrugada hay mucho silencio aquí… Y me estaba lavando los dientes, cuando oí un taconeo rápido por el corredor. Creyendo que era Peggy, miré por la puerta entornada. Era una mujer la que salía del piso de Peggy, pero no era ella… Llevaba en la mano enguantada un bastoncillo extraño… Un junco, que cogía no por el puño, sino por el centro… El puño me pareció de color rojo… Era… sangre… Lo comprendí esta mañana.

Murray volvió a enjugarse la frente y labios, en toques nerviosos. Hablaba en susurró, y cada vez que pasaba alguien, se callaba.

—Yo dije que dormía, cuando me interrogaron los policías, porque sé lo que pasa. Uno habla, y después ellos, los «gangsters», le matan a uno, para escarmiento, para que callen los ciudadanos.

Pero usted, señorita, me convenció porque además ha jurado no citarme para nada.

—Juramento sagrado, señor Murray. Describa ahora lo mejor que pueda, con todos los detalles, a esta mujer que abandonó el departamento de Peggy, al poco de ellos entrar, y llevando un junco en la mano enguantada.

Se concentró Murray mientras Stanley mantenía en su mano izquierda, como un ramillete de flores, sus lápices.

—La vi bastante bien, porque desde la puerta del departamento de Peggy hasta la escalera, hay unos quince pasos. Yo tenía la puerta entornada, y ella miraba hacia la escalera. Una estatura aproximadamente la suya, señorita, pero menos delgada, algo más llenita.

—¿Color del cabello? —preguntó Stanley.

—Rubio platino.

—¿Corto?

—Eso que llaman «melena de paje». Con flequillo rizado sobre la frente, y le salían los rizos de la boina azul.

Trazando el boceto, iba preguntando Stanley:

—¿Cara redonda?

—Sí, más bien. Y bonita. Como una muñeca… Ya saben lo que quiero decir… Ojos grandes… Boca pintada en corazón.

—¿Ojos verdes?

—No eran verdes, sino azules como las piedras de esos anillos…

—Aguamarinas. ¿Nariz larga, Murray?

—Normal, ni larga ni chata. Una cosa a medias, si me entienden…

—Llevaba pues una boina azul. ¿Qué más?

—Al cuello, una piel blanca que también bordeaba las mangas de su abrigo azul claro.

—¿Los guantes?

—Me parecieron negros. Eran obscuros, eso sí… Verán, me fijé pero no tan detalladamente.

—¿Zapatos?

—Como todos… Con tacón alto, y medias de color carne.

—¿Torcidas las piernas, Murray?

—¡Oh, no! Unas piernas magníficas… Bien, quiero decir, señorita, que eran piernas bonitas. Me comprenden.

—Comprendido. Y cuando ella llegó a la escalera, ¿qué hizo usted?

—Cerrar la puerta.

—¿No le alarmaba la sangre en el puño del bastón?

—No, señorita. Yo no sabía que era sangre. Creí que era el color natural del puño.

—¿No le extrañó ver a una mujer con bastón junquillo?

—Peggy Haynes tenía amigas coristas como ella. Algunas bebían demasiado, y una vez vi a una salir con un sombrero de copa, guantes, zapatos, un bastón y nada más.

—Debió ser un espectáculo sabroso —sonrió Stanley—. Ahora comprendo que tenga usted afición a entornar su puerta, cuando oye taconeos por el corredor. ¿Más preguntas, Maureen?

—Nada más. Quédese tranquilo, señor Murray. No le citaremos, porque así me daré más importancia cuando llegué yo más lejos, que la policía en sus investigaciones.

La pareja dejó a Murray esponjándose la cara. Cuando ya estaban fuera del bar, dijo Stanley:

—Tu padre se alegrará mucho de ver lo lista que eres.

—Ya lo creo, sobre todo cuando lea mi sensacional descubrimiento de la asesina de Peggy Haynes y el desconocido llamado Sikes.

—¡Maureen! ¡No cuentes conmigo! Ni hablar… Tu deber es ir ahora mismo a tu padre, que es quien lleva la investigación, y declararle todo esto. A mí, este Murray me asquea. Un ciudadano tiene la obligación de ayudar al descubrimiento de un crimen.

—Yo quiero llegar a ser un gran periodista, y lo seré.

Stanley, que suponía ya en marcha su pequeño «Stewart» de carreras, vino a sentarse, dejando la manivela tras sus tacones.

—Vamos ahora mismo a tu casa, Maureen.

—Ya he almorzado. Vamos a dar un paseo, Walter.

—Bien. ¿Por dónde?

—Un poco por las afueras, pero sin correr demasiado. Por la carretera 60, por ejemplo.

—Bien.

El pequeño bólido del año 28 hacía considerar como temerarios a los que se atrevían a sentarse en un chasis tan bajo y de ruedas tan separadas, que además petardeaba estruendosamente.

Pero a pequeña velocidad, cerrado el gas, Stanley se hizo oír en sus inicios de convencer:

—En estas dos muertes, se cita mucho a Scorpio. La corista asesinada era de la banda de Scorpio. ¿Tú has visto a Scorpio?

—Sí. Es pintoresco…

—Mucho. Yo no le he visto, pero dicen que es un gigantón con muy malas ideas.

—Es muy amable.

—Lo será delante de tu padre el comisario. Pero si te metes en cosas donde anden pistoleros, no los encontrarás nada amables. Es una bestia Scorpio.

—Pero voy contigo, Walter. No sólo dibujas primorosamente, y eres un estupendo fotógrafo, sino que el año pasado, en tu último curso quedaste campeón de Decathlon.

—Gracias a la puntuación de carrera a pie.

—No trates de disimular que eres valiente, porque lo eres.

Walter Stanley miró una pancarta. Dijo:

—Es la carretela que lleva a Newburg. No está mal asfaltada. Claro, como pasan los camiones… ¡Un momento, un momento! ¿Dónde vamos a parar, Maureen?

—Ya lo has adivinado, Walter. Eres listísimo. La corista dijo al llamado Sikes, que Lloyd, o sea su novio, había elegido la cantina de los camioneros de Newburg. Pues allá vamos. A la cantina, y a sacar un reportaje al novio de Peggy. Lo está buscando la policía, sin encontrarlo. Es una suerte, ser hija del comisario. Todos los policías me miran con burla simpática, pero les sonsaco lo que saben, y me calló lo que sé…

—¡Esto es el colmo! Una hija del comisario Macguire, metiéndose en un jaleo… No debería acompañarte.

—Pero lo haces, porque sabes que si no vienes iré sola. Es estupendo, Walter. Sólo nosotros sabemos que el cadáver desconocido se llama Sikes. Y quién es la mujer que mató. Bueno, tenemos su retrato. Y ahora, le sacas un retrato a Lloyd Leblanc. Vamos componiendo el gran reportaje.

—Lloyd Leblanc no será un Murray, querida. Estará enterado de que la policía le busca, y cuando preguntes por él… Escucha, nena… Estos pistoleros, ¿sabes por qué les llaman pistoleros? Por la restallante razón de que llevan pistola.

—También la llevo yo —dijo, con aplomo, Maureen Macguire, dando una palmada en el bolsillo de su chaquetón—. Y con licencia. Mi padre me enseñó a tirar al blanco desde pequeña.

—¡Anda! ¿Y qué crees tú que les enseñan a los pistoleros? ¿A bordar?

—No seas pesimista, Walter. Es mi gran reportaje.

—Pero ¿qué sacarás con intentar ver a Lloyd Leblanc?

—Cuando me lo propongo, parezco muy ingenua, pero sé cómo llevar un reportaje. Ya verás…

—Yo lo que vi y oí, fué cómo por quince dólares has sonsacado a un mequetrefe como Murray. Y son ya cinco, los grandes reportajes que me anuncias, y aparte la foto del cadáver, siempre encontraste al asesino cuando ya estaba en la cárcel.

—¡Pero esta vez tengo una pista inflalible! La policía ni sabe cómo se llama el cadáver… Y nosotros sabemos que además de llamarse Sikes, lo mató ésta.

Señaló ella la hoja del block que mantenía sobre sus rodillas. Walter Stanley quiso ser irónico:

—¿Vas a poner un anuncio en los periódicos?

—Estaba pensando que de este dibujo, tú sacas una foto. La inserto en la primera página del «Courrier», doy tu dirección, y al pie una llamada, que dirá: «Es urgente que nos entrevistemos. Tu amigo». Y ella acudirá, porque comprenderá que le conviene.

—Escucha, Maureen… No nos hemos casado todavía, para que aspires a quedarte viuda.

—¿No le tendrás miedo a una rubia platino llenita y con cara de muñeca?

—Que con un bastón provisto de garfio de hierro, mata a dos personas en un abrir y cerrar de ojos.

—Aquello es una cantina, Walter.

Walter Stanley, frenando, suspiró:

—Soy un calzonazos. Mi deber sería avisar a tu padre.

Bajando, ella tendió su diestra:

—No eres lo que dices. Eres mi colaborador… y mi gran cariño. No debes preocuparte por mí. Fíjate… ¡Qué tranquilidad! Luce el sol, y la cantina rebosa de blancura…

—Exterior.

—¡Te has dejado la cámara en el coche, Walter!

—Es mejor. Si Leblanc huele a un periodista, escapará. Siempre tendremos tiempo de pedirle que se ponga de perfil, y espere que salga el pajarito.

Empujando la puerta, sonrió ella, algo nerviosamente:

—No refunfuñes, Walter. También a ti te emociona esto…

No era hora de tránsito, y en la cantina estaba el camarero solo.

Miró a la pareja que se instalaba en dos taburetes.

—¿Qué va a ser? —inquirió.

—Una infusión de tila para la señorita. Y a mi me da… pues lo mismo.

—Si les da igual un té flojo, lo preparo.

Maureen Macguire empleó su tono más «colegiala»:

—Hay poca, gente, ¿verdad, camarero?

—Hasta las cinco, sí. Aquí la clientela son los transportistas, y alguna que otra parejita que va de excursión.

—Yo creí que habría aquí compartimientos reservados insinuó ella.

El camarero, mirando el agua en espera de su ebullición, contestó:

—Lo que hay son habitaciones, en el patio, tras la gasolinera. Hay a veces camioneros que se alojan, y también excursionistas. ¿Con limón o con leche?

—Sólo.

—Con un chorrito de licor —pidió Stanley.

El camarero replicó altivamente:

—No despachamos de eso, amigo. Ya bastante lata nos da la policía, que siempre cree que los transportistas, llevan licor en las cestas de pescado. Han dejado de hacer registros desde que comprobaron que esta cantina, no quiere líos.

—¿Cuánto es?

—Treinta centavos.

—Hasta otra.

—Buen viaje —dijo, displicentemente, el camarero.

Una pareja de tantas. Ella pidiendo té, y un reservado. Volvió el camarero a la lectura de las hazañas de Al Diamond…

Fuera, Maureen Macguire contorneó la estrecha fachada, en sentido opuesto al surtidor.

—Un patio, y habitaciones. Allí, encontraremos a Leblanc.

—No es modo, Maureen. Tengamos sentido común. Leblanc está aquí escondido… Nos ve acercarnos así…

Pero ella seguía caminando hacia el patio, con decisión. El cobertizo de rudimentaria construcción con sus cuatro habitaciones, dos a cada lado, separadas por un pasillo, reverberaba en su cal exterior el sol.

Cogió ella la diestra de Walter Stanley.

Ambos se detuvieron a tres pasos de la puerta oscilante que acababa de abrirse, empujada desde dentro.

Vernon Fraser, abanicándose con el sombrero, impedía que la puerta volviera a cerrarse, con el pie.

Maureen Macguire saludó:

—Buenas tardes.

—Tengamos todos. ¿Me buscan a mí?

CAPÍTULO VII

El tono incisivo, calmoso. La flaca figura. Los ojos fríamente inhumados. Algo tenso y a la vez muy flexible en la persona de Vernon Fraser, hizo que Maureen Macguire, convencida de hallarse ante el «vigilante» pistolero, dijera:

—Le interesará mucho lo que tenemos que decirle, Leblanc.

Vernon Fraser seguía mirando a Walter Stanley. Contestó:

—Digan.

—¿No podríamos pasar, Leblanc?

—Hay gente durmiendo dentro —objetó Fraser.

Hacía ya rato que Lloyd Leblanc roncaba sin fingimientos. Se le oía…

Vernon Fraser soltó la puerta, que abanicó unos instantes el umbral. Avanzó dos pasos.

—¿Cómo saben que Leblanc está aquí? —preguntó.

Fué Stanley el que contestó:

—Hemos venido nosotros dos, mi novia y yo. Sólo nosotros dos.

—Muy sensata actitud. ¿Ya qué han venido, si puede saberse?

El semblante enjuto, serio, casi fúnebre, daba mayor aspereza al tono calmoso, mordiente…

Maureen Macguire sonrió «ingenuamente».

—No lo tome a mal, Leblanc. Hemos sabido que estaba usted aquí… porque fué lo último que anoche dijo Peggy Haynes.

Walter Stanley parecía fascinado por las dos manos qué no podía ver. Las dos manos que Vernon Fraser conservaba hundidas en los bolsillos del ligero abrigo gris obscuro.

Calculaba, que siendo muy corta la distancia, podía arrojarse sobre el casi esquelético individuo, y «cinturearle» en placaje de medio ala de *rugby* universitario.

Vernon Fraser miró con repentino fulgor humano en sus ojos, a la que esperaba el resultado de su revelación.

—Soy algo torpe, y puede que haya oído mal.

—Ha oído usted muy bien, Leblanc. Anoche, cuando Peggy abría la puerta de su departamento, dijo que usted estaba aquí, porque los camioneros sin saberlo le servían de pantalla.

—Vaya… Y Peggy entró en su nido, y la mataron.

—Y sabemos quién la mató.

Vernon Fraser torció el labio inferior, mordiéndose la comisura. Reflexionaba, pero su rostro adquiría un aspecto maligno…

Walter Stanley intervino de nuevo:

—Ha de comprender que si hubiéramos querido delatar su escondite, Leblanc, no estaríamos aquí solos.

—Lo comprendo. Siga usted, nena…

—Se llama Maureen mi novia, Leblanc.

—Bonito nombre. Siga usted, Maureen.

—La policía piensa que usted mató a Peggy, y no tiene hasta ahora otro deseo que cogerle para interrogarle, Leblanc.

—Lo sé. ¿Qué más, nena?

—¡Se llama Maureen! —estalló Stanley.

—No se enoje conmigo, joven. Quien no me ofende, no puede ofenderse. Decía usted, Maureen…

—Usted sabe los motivos por los que han matado a Peggy.

—No los sé.

—Entonces, nos vamos a ir, Leblanc. No veo finalidad alguna a estar hablando en este patio hostilmente… Porque usted nos mira con hostilidad, Leblanc.

—Imaginaciones. Nací con unos ojos raros… Contra ustedes dos, no tengo nada en contra. Muy por el contrario. Vienen a decirme que saben quién mató a Peggy, y estoy sumamente agradecido. ¿Quién mató a Peggy?

—Antes díganos los motivos por los que mataron a su novia y al que… Bien, usted lo sabe ya, Leblanc. Peggy iba con un hombre llamado Sikes…

—¡Vaya, vaya! ¿También saben cómo se llamaba el que acompañaba a Peggy? Saben mucho, amiguitos. Oyen la última frase de Peggy… Saben que su acompañante se llamaba Sikes… No creo que la persona que mató, sepa más que ustedes, amiguitos.

Una advertencia, joven atleta. No salte hacia delante, porque no estaría bien… Y en cuanto a usted, Maureen… le falta práctica, sí, le falta práctica.

Ella, con el brazo izquierdo, contuvo a Stanley.

—No sé…, lo que quiere insinuar, Leblanc.

—Lleva usted un chaquetón muy elegante. Corresponde a la estación. Es ligero, de tela fina. Le voy a dar un consejo, Maureen. No empuje hacia delante la pistola… El tejido del bolsillo es muy liviano, y se delata, Yo les llevó mucha ventaja. Mientras usted dispare una, he disparado dos. Una para cada uno. No es amenaza, nena… Es para que nos entendamos, claramente. ¿Se propusieron atrapar a Leblanc, así, tan fácilmente? ¿Quién diablos son ustedes dos? Tú, muchacho, tienes cara decidida, pero decente. Y lo mismo digo para usted, nena. Hay malicia y pocos años en su figurilla… ¿Qué pinta pues venir a pasos de lobo, hacia aquí? Saque la mano del bolsillo, nena, y tú, muchacho, no te pongas agresivo… Llevo la ventaja, y no querrás que tu chica salga malparada…

Maureen Macguire con las dos manos, rodeó el brazo izquierdo de Stanley.

Vernon Fraser sacó las dos manos de sus bolsillos. Empezó a hacer crujir las falangetas. Tuvo una sonrisa extraña.

Extraña, porque sonreía escasamente.

—Al principio os tomé por gente de la banda de Kennedy, o de Braceo. Todo podía ser, pero pensándolo bien, me parecéis un par de pipiolos despistados.

—Kennedy manda un «gang» enemigo, y también Braceo. Usted es del «gang» de Scorpio. Como ve, estoy enterada. Soy periodista, y he venido para ayudarle, si usted me ayuda.

Vernon Fraser dejó de sonreír… Walter Stanley se agachó dispuesto a contraatacar, pero el rápido cambio de expresión en el larguirucho Fraser, no era provocado por ellos.

Vernon Fraser volviendo la espalda, corrió hacia el cobertizo. Hacía ya minutos que se había olvidado de prestar atención al ronquido del durmiente Leblanc.

Y hacía ya minutos que Leblanc no roncaba…

CAPÍTULO VIII

—¡Se escapa, Walter!

—Buen provecho. Por mí ya puede batir el récord mundial…

—¡No puede irse así!

—Dame tu pistola, Maureen.

Pero Mauren Macguire corría hacia el interior. La alcanzó Stanley cuando se hallaba, detenida ante una puerta abierta… y la mecedora empezó a chirriar levemente porque la hija del comisario necesitaba sentir bajo su cuerpo algo sólido para no caer.

La sangre manchaba almohada y sábanas… También el vendaje que sostenía la mandíbula magullada de Lloyd Leblanc.

No había rastró de Vernon Fraser.

—La máquina, Walter, la cámara… Unas fotos, deprisa, antes que sea tarde. Unas fotos sensacionales… Otro cadáver.

—No te voy a dejar sola. Ven, Maureen. Es peligroso permanecer aquí… Tu padre cuando sepa esto, se pondrá furioso. Ven. Te lo exijo…

Maureen Macguire se puso en pie, pero fué para entrar en la habitación. La ventana estaba cerrada…

—Le han… abierto la frente, Walter… Es horrible de mirar…

Walter Stanley enlazó por la cintura a su novia, intentando apartarla de su contemplación alelada del cadáver de Lloyd Leblanc.

—Vámonos, Maureen.

—No… Está todo bien evidente. Leblanc ha huido, porque ha matado a este hombre… Registra aquel pantalón, mientras yo miro en la americana…

—No vale la pena.

La voz incisiva, calmosa. Y Vernon Fraser cerrando la puerta con

su espalda, permaneciendo apoyado en ella. De nuevo, con las dos manos en los bolsillos.

Maureen Macguire se acogió al abrazo de su novio…

—No perdamos más el tiempo, parejita. Han combinado bien el golpe. Ustedes, me atraen, mientras entra otro, y se carga a este imbécil. ¡Venga, a cantar! ¿Quién os envió? ¿Kennedy o Braceo? Ha empezado la liquidación de la banda de Scorpio, y sólo puede tratarse de gente de Braceo, o de Kennedy. Cuando asomasteis los dos, este hombre roncaba. Por lo tanto, muy vivo. Me entretenéis unos minutos, y… está muerto.

Walter Stanley consiguió ponerse delante de Maureen Macguire. Dijo con decisión:

—Está usted equivocado, Leblanc. Mi novia es periodista, y esta mañana averiguó que uno de los vecinos, que se calló, ante la policía, vio salir a la persona que asesinó a Peggy y al otro. Oyó a Peggy que citaba esta cantina, y el nombre de su acompañante. Mi novia decidió venir a interrogarle a usted, pese a que yo quería disuadirla. Eso es todo. Y yo soy ingeniero químico, preparando mi tesis.

—Y ella es estudiante de medicina, ¿no?

—Es la hija… Bien, es la hija de un hombre que nada tiene que ver con Kennedys ni Braccos. Ella quería un reportaje sensacional. Sabemos cómo era quien mató a Peggy, pero ella desea saber por qué mató, y así tiene el reportaje. Nada más y por lo tanto, de nosotros no puede usted esperar daño.

—Titubeó al ir a decir de quién era hija su monada de novia.

—Porque… no tiene que ver.

—¡Me llamo Maureen Macguire!

—No puedo decir que el gusto es mío, porque por culpa de ustedes dos, este imbécil ha muerto antes de tiempo, y nada hay por fuera que me aclare quién lo mató. El de la gasolinera duerme como un lirón, y el camarero se ríe sólo mirando la página de chistes de un revistón truculento. Y no hay ningún coche, ni rastro de coche en toda la parte visible de carretera.

—¡Mi «Stewart»! ¡Hay que telefonear a la policía, Maureen! ¡La mujer rubio platino ha escapado en mi coche!

—No sea impulsivo, usted, ingeniero químico. Saldrán de aquí dentro cuando me de la gana a mí… No, no le servirán de nada los

músculos, ingeniero. Aprovechen las dos sillas y siéntense. Sin temor. Yo no mato pajaritos. ¡Siéntese, y no se suponga un héroe! Yo me iré tan pronto sepa quién es la rubia platino que mató a Sikes. Y usted nena, podrá hacer todos los reportajes que quiera. Naturalmente, mejor será, que publique tarde mis señas. Cuando tenga el reportaje completo… si quiere terminarlo. ¿Cómo se llama la rubia platino?

—No lo sabemos… Es la verdad. Lo que nos dijo Murray, nos sirvió para hacer un dibujo… que se quedó en el coche. Ella llevaba un junco con garfio al salir… Y este hombre está muerto con las mismas marcas que Peggy Haynes y Sikes. Escuche, Leblanc, yo le prometo que mi novia no le delatará. Déjenos salir de aquí, y no vea en ella más que a una aprendiza de periodista.

—Soy yo el que va a salir de aquí, y necesito el tiempo suficiente para encontrar un medio de alejarme sin gastar suelas. No interpreten mal mi generosidad. Si asoman el pico antes de diez minutos, puede que yo esté aún por los alrededores, y me molestaría. Vamos a estarnos quietos, ¿verdad, parejita?

—Sí, señor —dijo, dócilmente, Maureen Macguire.

Vernon Fraser abrió con la mano izquierda tras la espalda. Salió con rapidez y empujó la puerta violentamente desde fuera.

—Quieta… —exigió exasperado Stanley, manteniendo por los codos a la que se abalanzaba hacia la puerta—. No te remuevas, porque me da lo mismo. No quiero que este pistolero te mate, niña consentida del infierno… Déjale que se vaya lo más lejos posible…

—Se escapa…

—Y nosotros estamos vivos. Ahí tienes un buen reportaje. Otro cadáver.

Maureen Macguire empezó a registrar los bolsillos de la americana colocada en el respaldo de la silla en que antes estuvo sentada.

Dijo:

—No se dio cuenta de mi apellido, y eso que mi padre es conocido… Una cartera bastante estropeada… Un carnet de chofer, con una fotografía que… ¡Lloyd Leblanc! ¡Pero…! Entonces, si éste… ¡sí que lo es!… Es el de la fotografía… el muerto. ¡Lloyd Leblanc! Entonces… si éste es Lloyd Leblanc, ¿quién era el pistolero de los ojos grises?

* * *

Vernon Fraser no dio gas. Embaló suavemente el «Stewart». El coche que se había llevado la persona que mató Lloyd Leblanc era su propio «Buick».

Esto era lo extraño. Se había llevado su «Buick», y por tanto, aquel «Stewart» era propiedad de la joven pareja.

¿Había venido el asesino a pie? ¿En un autocar de línea? ¿Acechaba, desde dónde? ¿Esperando pacientemente que cesara la inoportuna vigilancia a la cuál él sometía a Lloyd Leblanc?

Conduciendo a poca velocidad, comprobó que la cajá de cuero, contenía una cámara «Kodak». Con foco de magnesio. Y al lado un block de dibujo.

Lo cogió para arrancar la hoja en la que se veía dibujada en varios colores, a una mujer.

Casi tenía la convicción de que disponía aún de varios minutos, pero la pareja avisaría por teléfono, dando las señas de aquel cochecito de carreras.

Y mientras tanto, el asesino huía en el «Buick» de su propiedad… ¿Al norte, o de nuevo hacia la ciudad?

Dejó el coche junto a la cuneta, a cuatro millas de la cantina.

Por el sendero llegaría a los «*ferry*» de Queens.

Mientras caminaba con elástica zancada, pensó que de la banda de Scorpio, habían sido eliminados ya dos: Peggy Haynes y su novio Lloyd Leblanc.

Precediendo al asesinato una enigmática llamada: «Lo siento por el muerto».

¿Cinismo sádico de criminal? ¿Alusión a algo que tenía sentido para los componentes de la banda?

Al menos, sabía ya que Scorpio convocaba a «reunión» en el restorán del barrió italiano, de la calle Garibaldi.

El restorán «Antonucci».

CAPÍTULO IX

Fredo Antonucci, a media tarde, relevaba a su esposa en la caja. Y descansaba así sus pies, quitándoles los zapatos. Ya no tenía que servir comidas hasta la noche.

Los que ahora acudían merendaban, y eran atendidos por su cuñada. Mientras se descalzaba, inclinado, su mujer dijo:

—Te vas a buscar un disgusto, Fredo.

—Cambia la canción, porque es siempre el mismo estribillo, mujer.

—Pero, desde esta mañana, no me canso. Ha muerto Peggy, y tarde, pero vendrá… Vendrá la policía.

—Bienvenida. Yo soy Antonucci y me gano una vejez tranquila, guisando y sirviendo comidas. Como tú, mujer, Y como el haragán de tu hermano.

—Mi hermano es un trabajador decente, Fredo.

—Pues el mío, sea lo que sea, es mi hermano.

—Pero ahora voy a decirle que si fuera de veras tu hermano, no aceptaría ponerte en compromiso. Que se busque otro sitio para alojarse, con su rubia platino.

—Evelyn es la mujer de mi hermano. Y si hay comida y cama para mi hermano, la hay para su esposa. Y además, la policía no les busca a ellos.

—Tú sabes muy bien que Lauro es del «gang» del condenado Scorpio.

—Y la policía lo sabe también. Pero mientras Lauro no se deje pescar, yo le puedo dar cama y comida.

—Son seis días ya los que llevan aquí.

—Se encontrarán bien. Comprenderás, mujer, que si les buscase la policía no habrían venido a esconderse aquí.

—Tienen su piso, ¿no? Ahora voy a decirles lo que tengo que decir, o reventaría, Fredo.

Fredo Antonucci suspiró atribulado. Volvió a calzarse.

—«Va bene, va bene». Voy yo a hablar con Lauro.

Subió las escaleras, con cansancio.

Del rellano pasó a la pequeña azotea. Había dicho una vez Lauro que aquellas dos habitaciones de la azotea, tenían el inconveniente en verano de ser muy calurosas, y en invierno un heladero, pero que en cambio eran ideales para «darse el olivo» si alguien en la planta baja venía a buscar a los que se alojaran en aquellas dos habitaciones.

Lauro Antonucci, pequeño y delgado, tenía una mirada huidiza, y facciones delicadas. Un perfil de camafeo, decía su gordo hermano mayor.

Le gustaban las camisas de seda, y los trajes caros.

Fredo Antonucci había desistido años antes de convencerle para que se asociase con él.

Tocó en la cristalera y casi al instante en mangas de camisa, despechugado, asomó Lauro.

—No es nada, pequeño, no es nada. Verás… Es mi costilla, que desde esta mañana…, cuando se enteró que Peggy había sido asesinada, no le llega la camisa al cuerpo.

—De gorda que está, será. Pasa, Fredo. Evelyn duerme.

La primera habitación era comedor, y una puerta corredera comunicaba con otra donde había una cama de matrimonio, un palanganero y dos depósitos de agua.

—La cosa es que mi costilla no ve con buenos ojos que esta noche venga aquí Scorpio con el amigo tuyo, ese Leblanc. Tú eres mi hermano, pero…

—¿No irás a echar a tu pequeño hermanito, eh? —rió, falsamente, Lauro Antonucci.

—Mi costilla piensa en los de Kennedy. También en los del condenado Antonino. Dice que ya han matado a Peggy, y que vosotros os escondéis. Yo te quiero mucho, pequeño, pero me ha costado mucho trabajo y he sudado mucho, para ir pagando la casa, la vajilla, el mobiliario… Si vienen aquí a buscarte los de Kennedy, o del condenado Bracco, habrá jaleo.

—No me buscarán aquí.

—Pero tú tienes tu piso. Esto es incómodo. Evelyn está acostumbrada a tener baño con agua caliente.

—El sol calienta el agua de los depósitos. No te inquietes por Evelyn.

—Hay algo raro en vosotros dos. Estáis aquí como acoquinados, sin salir…

—Evelyn se da sus paseítos. ¡Ya está bien, gordo seboso! Esta noche vendrá Scorpio, y puede que me vaya, o puede que me quede.

—Pero teniendo tú un piso, ¿por qué soportáis incomodidades? Eso es lo que no comprendo. Me dijiste el primer día, que era porque se había escapado el mal genio de Brant Rogers. Pero Brant Rogers quedó acribillado por la policía. Ya no hay pues motivo para que te escondas.

La puerta corredera rodó sobre su raíl. Evelyn arregló los encajes, que adornaban las solapas de su salto de cama.

Más alta que su marido, le dominaba también por carácter. Se ahuecó los bucles de su cabellera platino.

Fredo Antonucci experimentaba cierto malestar ante su cuñada. No era correcto que ella se presentara apenas velada por la rosa transparencia de aquella bata impropia de una mujer casada…

Otro error de Lauro. Casarse con una mujer como Evelyn…

—Vaya calor que hace —comentó ella—. Ayer frío, y hoy arranca fuerte. Esté bochorno va a acabar en tormenta. ¿Qué os pasa a los dos? Estáis callados, mirándome como bobos.

—Le estaba yo diciendo a Lauro, que mi costilla desde que se ha sabido que Peggy ha sido asesinada, no está tranquila. No está tranquila. La gente de Braceo y de Kennedy, si vienen aquí, romperán…

Evelyn, medio sentada sobre la mesa, atajó:

—Si yo tuviera un hermano así, Lauro, le rompería la cara.

—Anda, Fredo, lárgate. Sigue con tu cocina, y ponle riendas a tu esposa. Que no se asome por aquí, o bajará rodando.

Fredo Antonucci poniéndose en pie, miró con ferocidad a la rubia platino.

—Eres una mala mujer, Evelyn, y has descarriado a mi hermano. Allá los dos, pero mucho cuidado con rozarle siquiera un hilo de la ropa a mi costilla. De nada os valdrían pistolas ni valentonadas. Os

doy de tiempo hasta que habléis con Scorpio. Después, a vuestro piso, o al infierno. Parece mentira, pequeño, que consientas que esta bonita bruja, te diga que me rompas la cara…

—Sigue así, Fredo, y vas a saber lo que duele un culatazo en la boca.

Evelyn acababa de sacar de la funda que colgaba del hombro del enteco Lauro Antonucci, la pistola. Cogiéndola por el cañón la hizo oscilar, permaneciendo sentada al borde de la mesa.

Fredo Antonucci se encogió de hombros, dando media vuelta. Bajó cansinamente las escaleras, resonando aun en sus oídos la carcajada burlona e hiriente de su cuñada.

Tras la caja, la rolliza señora Antonucci, murmuró:

—Te habrá dolido tenerle que hablar a tu hermano, Fredo. ¿Te preparo un buen refresco?

—Se irán esta noche, tan pronto hablen con Scorpio. Mi hermano no es malo. Es Evelyn la que lo tiene envenenado. Me vas a prometer que no subirás arriba.

—Prometido, Fredo. Te pondré unas fresas en la natilla, y canela en la espuma. Ah… Cuando venga Leblanc, ¿qué piensas decirle?

—Según lo que me diga. Prefiero que no me hable. Peggy decía que Lloyd Leblanc era muy bestia. Un cobarde que la pegaba.

—Será un hombre sin sentimientos, Fredo. Déjale que suba, ya que Scorpio ha telefoneado que han de reunirse aquí.

Descalzo, Fredo Antonucci saboreaba poco después, ojos en blanco, el refresco preparado por su costilla, la cual le miraba amorosamente.

Una voz incisiva, calmosa, interrumpió el plácido bienestar del matrimonio.

—Buenas tardes. Tengo que hablar con Antonucci y Evelyn.

Fredo Antonucci sintió el mismo escalofrío que su esposa. Había inhumana indiferencia criminal en los claros ojos de Vernon Fraser.

—Lauro y Evelyn están arriba. Tome aquella escalera, y en la azotea…

Vernon Fraser se dirigió hacia la escalera, y cuándo ya no era visible su larga flacura, dijo Fredo Antonucci:

—¡«Santa Madonna»! Se viste de rojo, el verdugo… Y así debe hablar el verdugo.

—Estuvo cortés, Fredo. Nos dió las buenas tardes.

—Con rabia, apretando los labios. En fin, esta noche, que se vayan a otra parte. Pero ella es la bruja, porque el pequeño no es malo. Ella es una maldita coqueta… Si hubieras visto la bata que llevaba, te hubieses sonrojado… Impropia de una mujer casada. En fin, esta noche, apenas llegue Scorpio que se vayan a otra parte. No quiero jaleos yo.

Capítulo X

—No estoy para besitos, Lauro. Hace un bochorno de espanto.

—Por esto mismo, Evelyn, porque hay electricidad en la atmósfera.

—Cuando no hay electricidad en las nubes, también te pones tierno. ¡Déjame ya, majadero!

—Cuidado conmigo; cuidado, Evelyn. Estás muy segura de tu dominio, pero puedo cansarme de tanta comedia.

—Yo me casé creyendo que iba a tener un hombre por marido. No a un cobarde.

—¡Evelyn!

Y el «gángster» dejó de sentirse tierno, crispando las manos. Ella, irguiéndose más, desafió:

—¿Qué pasa con Evelyn? Eres de la calaña de Lloyd. Deja sola a Peggy para que la liquiden…

—Yo estoy aquí, me parece…

—Escondido como un ratón.

—Manda Scorpio. Estoy aquí porque lo mandó él.

Ella miró hacia la azotea con rápido giro sobre sí misma.

—El viento, Evelyn. No tardará en desencadenarse la tormenta. Fíjate las nubes cómo galopan… Estamos nerviosos, y no debes hacerme pagar a mí las culpas…

Un relámpago zigzagueó rasgando las nubes que se acumulaban rápidamente. Unos goterones empezaron a repicar sobre un alero de cristales.

El primer trueno restalló estrepitoso…

—Me parecía que alguien había tocado la puerta, Lauro.

—Abajo está Fredo, y sólo pasarán Lloyd y Scorpio. Estás preciosa así, Evelyn. No le gustará a Scorpio saber que fuiste a

buscar tus trapitos en varios viajes. No quería que saliéramos de aquí.

—Scorpio mandará en ti, pero en mí ya no. ¿Qué clase de jefe es éste, que le dió miedo cuando se escapó Rogers?

—Scorpio no tiene miedo de nadie.

La rápida tormenta primaveral, iba «*in crescendo*».

Lauro Antonucci atrajo sobre sus rodillas a su esposa. Ella, indiferente, se dejó, besar en el cuello, apartando en escorzo desdeñoso, los labios pintados en corazón.

Sobré la mesa, la negra pistola que ella había empuñado unos instantes para amenazar a Fredo Antonucci, destellaba de vez en cuando al reflejo de los relámpagos.

Con el sonoro tamborileo de la lluvia y los truenos, ráfagas de viento refrescante penetraban por uno de los abiertos ventanales.

Vernon Fraser tanteaba los correspondientes al cuarto habilitado en alcoba.

A media altura, una vez empujado uno de ellos, pudo introducir el largo brazo, y palpando encontrar el pestillo interior de la puertecita.

Abrió, para cerrar sin ruido con la espalda. Se quitó el mojado sombrero goteante, dejándolo sobre la cercana cama deshecha.

Le molestaba el abrigo, que también se quitó, trasladando a los bolsillos de su americana, las dos pistolas. La suya y la de Lloyd Leblanc.

En la contigua habitación una risa de mujer cosquilleada, llenó un intervalo de pausa en la tormenta.

Vernon Fraser hundió sus manos en los bolsillos, que sobresalieron muy significativos a cada lado de sus estrechas caderas.

Vió la cabellera rubio platino, la espalda de gasa rosa, y la pistola sobre la mesa.

Lauro Antonucci murmuraba tonterías, hundiendo la cara en el hueco del cuello y hombro…

Saltó en pie Evelyn, pero ya la flaca mano izquierda, cogía la culata de la pistola abandonada en la mesa.

Y Vernon Fraser retrocedió tras su salto felino, para morder su aviso:

—Quietitos, pareja. Mal momento para arrullos, pareja. No

busques tu arma, cara de rata. Y tú, Evelyn, hiena bonita, atrás… Atrás… No lo intentes…

Pero ya Lauro Antonucci, descompuesto, con ágil impulso, saltaba a un lado, para tirar su silla, y correr…

La silla rompió un cristal, y el larguirucho intruso, adelantó el puño izquierdo cerrado alrededor de la culata.

Los puños de Lauro Antonucci azotaron el aire, mientras en mitad del rostro, con doble violencia, la de su acometida, y la de la extensión del largo brazo, chocaba la culata…

Evelyn corrió hacia el otro cuarto…

Gritó inútilmente, cuando una mano la asió por los cabellos… Se quedó quieta, muy quieta, porque al volverse, vio primero el negro círculo encañonando su cara…

Y más atrás, los ojos fríos, indiferentes.

Vernon Fraser apartó la mano derecha de los cabellos platino.

—¿Bajó la almohada, Evelyn? Poca originalidad. Vete poco a poco hacia los dos depósitos… Eso es, así, mirándome. Y quieta. Eres demasiado lista para cometer imprudencias.

Hablando, Fraser hurgó bajo la almohada primera. Estiró más el brazo, y encontró la «Smith» gemela a la que empuñaba en la zurda.

Colocó las dos en los bolsillos de su pantalón.

—Llevo encima un arsenal, Evelyn. Cuatro herramientas. Y también un arsenal de malas ideas conmigo. Vete a curar a Lauro. Le hace falta.

Ella anduvo sin prisas. Tenía práctica en reconocer pistoleros implacables.

Fué a arrodillarse junto al que, tendido sobre un costado, tenía la cara ensangrentada.

La sangre manaba de una brecha que había partido la nariz y entrecejo.

Dijo sin volverse:

—¡Muerto! Está muerto…

Colocó su oído sobre el pecho de Lauro Antonucci. Le acudían fácilmente las lágrimas…

—Muerto —repitió, con salvaje expresión.

Vernon Fraser sentado, podía ver la desembocadura en la azotea de la escalera. Dijo:

—Se mató él mismo abriéndose la frente contra mi puño. Yo le

pedía que se estuviera quieto. No venía por él.

Evelyn se abrazó al yacente, murmurando incoherencias, pero Lauro Antonucci que iba recuperándose, oía perfectamente lo que los despintados labios le susurraban:

—Mi pobre Lauro… Muerto… No respira… ¡Mi pobre Lauro!

Lauro Antonucci comprendió la significativa presión de la mano femenina en su hombro…

Deshizo ella el abrazo, para rasgarse parte de un faldón. Taponó la brecha, a la vez que restañaba la sangre.

En su silla, empezó Fraser la mecerse adelante y atrás, empleando como punto oscilante y de apoyo sus pies.

Miraba hacia fuera, hacia el boquete de la escalera por la que subiría Alfred Scorpio, «Big» Al…

De un estante, cogía Evelyn un frasco. Escanció en un vaso, y bebió con ansia.

—¿Puedo limpiarle la cara…? Es lo menos que…

—Cállese, y haga lo que deba hacer.

Arrodillándose, aplicó ella coñac en otro pedazo de gasa, y continuó restañando la sangre. Una cura dolorosa, pero que reanimó a Lauro Antonucci.

La tormenta iba alejándose, decreciendo el estrépito. La lluvia de ruidosa, se convertía en mansa llovizna…

Lauro Antonucci boca arriba, trataba de respirar en lentas contracciones estomacales, mas su cara, hinchándose, se congestionaba, por el esfuerzo de contener el resuello.

Evelyn dejó el frasco en el suelo, y al sentarse, la silla que ocupaba interceptó la trayectoria visual entre los claros ojos grises, y el yacente.

—¡Diga algo! ¡Usted ha matado a Lauro! ¿Y qué espera ahora?

—Aguante el mal trago lo mejor que sepa, Evelyn. Y dígale a su difundo marido, que si agarra la botella, pensando tirármela, se queda difunto de veras. Anda, Lauro, no seas retozón, que no he venido a ver títeres. Bebe un buen trago, y coge otra silla.

Evelyn murmuró:

—¡Imbécil!…

Iba destinado a Lauro Antonucci su epíteto, porqué oía el afanoso gorgoteo con que, sentado en el suelo, bebía el «gángster».

—Sois gentuza floja. Este que viene a ponerme la cara a modo

para que se la raje. Igual que Lloyd. Me parece que vale más usted, Evelyn. Tiene temple…

Lauro Antonucci se apoyó en la mesa, para levantarse. Le mareó el esfuerzo, y quedó medio, desvanecido, sentado, con la cara entre los brazos.

Un poco adelantada, sin mirarle, reprochó Evelyn:

—Te dejaste atrapar como un imbécil, Lauro.

Vernon Fraser asintió gravemente.

Ella exasperada gritó:

—¿Qué hace usted meciéndose como un saltamontes? ¡Diga algo! ¿Vamos a estar formando un trío de…?

—Falta uno para el cuarteto: Scorpio. Debemos esperarle cómodos, ¿no, Lauro?

Lauro Antonucci seguía con la cara apoyada entre los brazos cruzados sobre la mesa. No replicó.

Vernon Fraser continuaba meciéndose, insertos los pulgares en el cinturón, y repicando los largos dedos en su seco estómago.

Parecía un vaquero endomingado.

Evelyn increpó:

—¡No es para tanto, maridito mío! Te ha tropeado un poco el perfil este grandullón, pero no estás muerto.

Vernon Fraser tiró sobre la mesa un recio papel granulado, plegado en cuatro dobleces, se abrió, mostrando el dibujo de Walter Stanley.

—¿Conoce a esta moza, Evelyn? —preguntó Fraser.

Evelyn miró por instinto curioso. Y exclamó:

—¡Lula Scorpio!

Capítulo XI

La tormenta había cesado.

En el salón preciosista, de armoniosas líneas, desentonaba el hombre, que solo, paseábase como un oso enjaulado.

De vez en cuando cimbreaba en el aire, el junquillo que llevaba asido casi del extremo puntero. Y el pequeño garfio de la empuñadura parecía hincar su curvado diente en algún invisible fantasma.

Alfred Scorpio, mucho más conocido como «Big» Al Scorpio, era un hércules sin la nobleza del fuerte. Sus ojos saltones, de toro herido, se estriaban de venillas, al congestionarse fácilmente su rostro, en arrebatos coléricos.

Se imponía con su sola presencia y fué con respeto no profesional como, desde el dintel, anunció el mayordomo del domicilio propiedad de los Taylor:

—Señor, ha llegado el comisario Macguire.

Scorpio hizo cimbrear su junco, en muda invitación.

El mayordomo volvió a saludar, cuando pasó el comisario, cerrando inmediatamente desde fuera la puerta, según las órdenes dimanadas del huésped de los Taylor.

Macguire volvió a colocarse el sombrero yendo a sentarse en el centro del gran salón.

Scorpio se tocó reflexivamente los labios con el dorso curvado del garfio.

Esperaba que fuese el comisario quien rompiera el silencio, pero el escoces con deliberada lentitud atendía a preparar un grueso cigarro, cortándole la punta.

—Comprendido —dijo roncamente el «gángster»—. He sido yo quien le ha llamado, Macguire. He estado esperándole desde las

cinco. Son ya las siete.

Macguire hacía rodar el cilíndrico habano, poniendo al rojo la punta. Miraba casi con humorismo al coloso.

—Soy un modesto funcionario con muchas obligaciones, Scorpio. Acepté su invitación, ya que insistió usted en que deseaba jugar limpio.

—Siempre he jugado limpio con usted, ¿no? Nunca hubo jarana en su distrito que me pueda usted achacar, ¿verdad? Si yo jugué limpio con usted, ¿qué modo es éste de corresponderme? Porque usted no juega limpio conmigo, Macguire.

—Esta mañana le avisé que habían matado a Peggy Haynes con un instrumento que podía coincidir con el bastoncillo que lleva usted siempre. Un junquillo mortal de necesidad. La vibración del junco clava el garfio con más fuerza, que un martillo pilón un remache de media pulgada.

—¡Salta a la vista que alguien emplea un garfio, para echarme la jauría de sabuesos a los tacones!

—Pero la jauría no le ladra. Casi diría que es usted quien ha ladrado. Y aquí estoy, Scorpio.

—El día cinco, Brant Rogers se escapa, al caer la tarde. Y el día seis al mediodía, se publica la muerte de Brant Rogers. ¿Qué clase de trampa han maquinado ustedes, señores policías?

—Nosotros estamos para tratar de detener a los tramposos, si podemos demostrarles las trampas. No para forjarlas.

Agitó en el aire Scorpio su bastón, antes de dar brusca media vuelta, y cesar en sus paseos. Se mantuvo a unos cinco pasos de distancia del comisario.

—¡Engañan a la gente, anunciando la muerte de Brant Roger! ¡Yo sé que Rogers está vivo!

—La vida fácil y regalada que lleva usted en esta casa, le expone a pesadas digestiones, Scorpio. No puedo achacar a otra cosa su reciente alusión fantasmal.

—¡Yo…, el cinco por la noche, supe que estaba vivo! ¡Y el seis y el siete… y anteayer, y ayer…! Porque, sólo Brant Roger y yo conocíamos una expresión especial que nos sirvió hace un año de contraseña para comunicarnos. Sólo él y yo conocíamos la frase: «Lo siento por el muerto». La inventé yo… y le causó mucha gracia a Rogers.

—Seguramente no se la causaría a los familiares del muerto.

—Agua pasada no mueve molino, y además no era en su distrito. ¡Usted sabe que yo soy un hombre que mata! Pero nadie puede demostrarlo.

—Tal vez Brant Rogers hubiera podido demostrarlo, pero tenía un mal carácter. Nos odiaba tanto a los policías, que con tal de no darnos una prueba contra usted, prefirió callarse. Escapó con intención de matar a todo el «gang».

—¡Ya ha matado a Peggy! ¿Y sigue usted manteniendo la fanfarronada de que Rogers cayó acribillado por la jauría?

—No cayó en mi distrito, Scorpio. Además, si Brant Rogers vive, debe usted alegrarse. ¿No era más que su lugarteniente? Corrieron rumores de que en toda Nueva York, un solo hombre inspiraba respeto a Scorpio… Era Brant Rogers. Y corrió también el rumor de que usted maquinó una delación especial, convencido de que al ser sorprendido «in fraganti», Brant Rogers no se dejaría atrapar vivo, y por tanto a su vez no le delataría.

—Parece que disfruta, Macguire.

—Mucho.

Macguire había abierto su abrigo y americana. Apoyaba la mano derecha en la cadera. Un gesto habitual. Le confortaba, el contacto con la pistolera.

—He conocido comisarios más altos y Cayeron, Macguire.

—He tratado pistoleros más hombres y hocicaron, Scorpio. No es ése el camino conmigo, «Big» Al. Usted me llama, y vengo. ¿Quiere decirme algo? Pues adelante… Pero no me confunda con cualquiera de sus aterrorizados vasallos.

—No hace falta enfadarse, comisario. ¡Al grano! ¿Han detenido ya a Rogers?

—Ya le dije que la fuga y baleada de Rogers no tuvo lugar en mi distrito. Pero quise cerciorarme a fondo, ya que pensé que si usted estaba asustado, sólo podía temer a Brant Rogers, vivo. Y me he cerciorado.

Scorpio adelantó el amplio torso, como si quisiera oír mejor. El comisario miró la ceniza de su cigarro…

—Tómelo con calma, Scorpio, pero aun no sabemos si Brant Rogers está vivo o muerto.

—¡Sandeces! ¡No soy un niño que comulga con ruedas de

molino! Un hombre sólo tiene una posibilidad de esas dos: o está vivo, o está muerto. ¡Y yo digo que está vivo! ¡Me ha telefoneado seis veces, una por día desde que escapó!

—Esta última parte luego la aclararé. Vayamos a la fuga. Rogers escapó, en compañía de otros tres reclusos, matando a dos guardias, e hiriendo a cinco, con el armamento robado a los muertos. Estamos a punto de detener a uno de los fugados. El otro murió hoy mismo.

—¡Dijeron que habían acribillado a Rogers!

—En la madrugada del día seis, junto al Hudson, cerca de West Point, una patrulla disparó contra un hombre que intentaba ocultarse. Llevaba su uniforme a rayas, y uno de la patrulla dijo que era Rogers. Cayó al río, llevándole los remolinos contra las rocas del salto de Cola Caballo. Casi destrozado. Pero ahora parece ser que no era Rogers, o al menos cabe la posibilidad, de que fuera el otro fugado. Un tal Sanders. Es difícil poder identificar un cadáver triturado por remolinos de agua y que es laminado por los dientes de una presa-molino.

—¡Está pues burlándose de toda la policía!

—Usted le enseñó este arte, Scorpio. No se queje si le ha salido un discípulo aventajado. Pero le reitero mi duda. ¿Está realmente muerto Rogers? ¿Está vivo?

—Mató esta mañana a Peggy.

—No acudí antes a su llamada, porque tuve quehacer. Tras muchas vacilaciones, mi hija abandonó su deseo de escribir un reportaje sensacional. Había averiguado por un vecino, discretísimo ante nosotros, y más dicharachero ante una ingenua periodista, que le promete silencio absoluto y que además le paga quince dólares, qué no fué un hombre quien salió del piso de Peggy, instantes después del doble asesinato. Era una mujer. Llevaba en la diestra un junquillo parecido al suyo, Scorpio.

—¿Una mujer? Brant Rogers no enviaría a ninguna mujer… Además, las odiaba profundamente. ¿Y quién es esta mujer?

—Lo estamos averiguando. Por de pronto, sabemos que conduce un «Buick», negro, que robó delante de una cantina de la carretera de Newburg.

—Cantina de Newburg…

—Sí… Donde se escondía Lloyd Leblanc. De nada le sirvió. Le abrieron la cabeza con el garfio. Ya sólo quedan tres de la banda,

incluido su jefe.

—Una mujer… ¡Oiga! Puede ser una a sueldo de Kennedy o Bracco.

—Usted es florentino, Scorpio, y allí emplean mucho la expresión: «Puede que sí, puede que no»… Por el instante, se está formando un círculo que irá cerrándose alrededor de la mujer, que conduce el «Buick» robado. Averiguamos que lo robó, porque el camarero habló de un individuo que llegó por la mañana conduciendo el «Buick» y se fué con el coche del novio de mi hija. La rubia platino que conduce el «Buick» ya llegó cerca de Albany, y a las seis y media fué vista pasar por la carretera que conduce a los pantanos de Hunter. Un nombre profético. Pantanos del Cazador.

—Su entonación da a entender que sabe quién es esa mujer.

—Lo sé.

Congestionado el semblante, Scorpio alzó la manaza con el junco.

Se dominó con evidente esfuerzo. Adoptó un tono campechano:

—Debe decírmelo, comisario. Esa mujer ha matado a una buena chica como Peggy…

—Peggy, con Lloyd, dejaron a Brant Rogers en la trampa preparada por usted.

—¡Eso son infundios! Además, ¿no dice usted que es una rubia la que ha matado? Entonces… ¡Roger ha muerto! Sí, ha muerto…

—El teléfono, Scorpio. «Lo siento por el muerto».

—¡Se refocila usted conmigo!

—Como usted con otros de mis colegas. Suponga por ejemplo que una mujer quiere vengar a Rogers.

—Rogers odiaba a la mujer.

—Cuando usted le conoció… Pero antes fué joven, pudo enamorarse… Tener una hija, por ejemplo… A propósito, Scorpio, corrieron rumores de que usted estaba casado secretamente. Que hace cosa de un año, se casó en Albany, manteniendo a su esposa lejos de Nueva York. ¿Quiere mucho a su esposa, Scorpio?

—Déjela fuera de todo esto, y de mi puerca vida. Lula es una mujer angelical… Hasta el mismo Rogers, que la odiaba…, admitió que Lula era angelical.

—Me voy, Scorpio. Tengo prisa. Creo que esta noche, en los pantanos de Hunter, quedará sitiado el «Buick». No me acompañe,

Scorpio.

Abriendo la puerta, atravesó Macguire el vestíbulo. Al fondo, mantenía la de salida abierta el mayordomo.

«Big» Al Scorpio acudió, corriendo, cuando llegaba el comisario a su coche oficial, al pie de la escalinata.

—¿Qué… pretende… mezclando mi matrimonio secreto… en todo esto?

—Apártese. ¡Quíteme la zarpa del hombro, Scorpio!

Por un instante el sargento sentado al lado del conductor, creyó que tendría que entrar en acción.

Scorpio se apartó y el comisario, sentándose atrás, dijo:

—¡Al pantano de Hunter!

Arrancó el coche oficial. El sargento comentó:

—Esté Scorpio es una fiera maligna, señor.

—Las peores alimañas tienen su punto débil.

—Salvo su mejor parecer, señor, yo opino que Scorpio no tiene el menor punto débil, aparte su temor hacia Rogers.

—Y su amor por una mujer angelical. Se casó en secreto, para evitar represalias de «gangs» enemigos. Tiene a su esposa Lula, en lujosa mansión muy escoltada, de Albany. No muy lejos precisamente del pantano de Hunter. Dicen que Lula es muy bonita, que parece una muñeca de ojos como las aguamarinas, tan claro el cabello, que no precisa el tinte platino… Lula es el punto débil de Scorpio.

CAPÍTULO XII

Evelyn extendía sobre la mesa la hilera de naipes. Era ya su enésimo solitario.

Lauro Antonucci, doblados los brazos tras la espalda, atados por los codos, estaba amodorrado con la cabeza apoyada sobre el regazo de su esposa. Vernon Fraser silbaba entre dientes una canción monótona: el «Old Man River», la balada del Mississippi.

Evelyn barrió los naipes. Dijo áridamente:

—Lauro está fuera de combate. Podría tenderse en la cama, y estaría yo más cómoda.

—Él también. Si le ata los tobillos y las rodillas, no tengo inconveniente. Revisaré.

—¿Puede ayudarme, no?

Evelyn sacudió al medio conmocionado «gángster».

—A la camita, Lauro. Apóyate en mis hombros, querido. Todo terminará bien. Cuando llegue Scorpio, sabremos de qué va la cosa.

Evelyn sabía ya que pareciendo mirar al boquete más obscuro que en la azotea desembocaba, el hombre de los ojos inhumanos veía otras cosas.

—Puede revisar, usted.

—Si lo hago, y hay amorosa flojera, tendré que abrirle el resto de la cabeza a Lauro. Demuestre que le quiere, atándole más fuerte. No bastan estas toallas, Evelyn. Coloque también aquel alambre… Será mejor.

Obedeció ella. Lauro volvió a amodorrarse…

Regresó Evelyn al comedor, barajando los naipes.

Vernon Fraser siguió meciéndose, tras haber paseado largo tiempo.

—¿Qué clase de tipo es usted?

—Depende.

—Ni siquiera sé cómo se llama.

—Vernon Fraser.

—¿Del Sur?

—De Chicago por adopción. De Texas por babero.

—Ya… ¿Y para qué está mandando aquí, tejano? Tan pronto llegue Scorpio, abajo le dirán…

—Abajo no le dirán nada. Me tomaron por Lloyd.

—¿Y cuando aparezca Scorpio…?

—No habrá barreno, si llegamos a un acuerdo. Pero dudo que lleguemos a un acuerdo.

—¿Y este dibujo de la mujer de Scorpio, qué papel juega en su visita tan amable, tejano?

—Tal vez lo sepa aclarar Scorpio.



Maureen Macguire se cogió al brazo de su novio...

—A su modo es usted estremecedor, tejano. Tiene una personalidad fuerte. ¿Qué «gang» trabaja para usted en Chicago?

—No se esfuerce por querer aliviar a su marido. No me gustan las rubias, y menos cuando son tan falsamente sonrientes como usted, Evelyn.

—¿Se las sabe todas o presume de ello?

—Écheme un vistazo, y empiece a contar. La pistola de Lloyd en mi bolsillo izquierdo, y en el mismo del pantalón la de Lauro Antonucci. Y aun me sobra una.

—Usted se cree muy hombre.

—Lo soy. Si lo duda, pregúntemelo cuándo se quede viuda.

—Me gustaría averiguarlo antes.

Chasqueó Fraser la lengua, en restallido que a una perra la hubiera hecho alejarse.

Evelyn permaneció sentada al bordé de la mesa. Una postura estudiada, en escorzo sabio…

Los claros ojos la detallaron, indiferentes. El tejano silbó unos compases, y tarareó:

—«La ternerita baló, y el becerro embistió»…

Sin canturrear, pero con el mismo modo mordiente, habló:

—Yo no embisto. Tal vez sea tu primer acto decente, Evelyn. Has comprobado demasiadas veces, que provocas llamas, y lo intentas para ver de librar a tu estropeado Lauro. Pero llevo seis días ansiando ver a Scorpio… Mejor que sigas con los naipes.

—Yo admiro a los hombres fuertes y fríos, tejano.

—Admírame de lejos, querida. Atrás… Siéntate al fondo, o tendré que levantadme…

Ella siguió avanzando, convencida de que era irresistible su procaz contoneo…

No pudo chillar, porque una mano seca, enjuta, le aplastaba sabiamente labios y nariz. Sintióse levantada en vilo, volcada sobre el lecho matrimonial, y junta la espalda a la de Lauro Antonucci.

Y velozmente actuaba el flemático tejano, educado en Chicago.

El rasgar de las sábanas acabó cuando, tapada la boca, Evelyn estaba incapacitada ya para intentar, valiéndose de su sensual atractivo, apoderarse de una de las sobrantes pistolas que tiraban hacia abajo las hombreras de la chaqueta de Vernon Fraser.

Apagó Fraser la luz del comedor cuando hubo amordazado a Lauro Antonucci. Dejó encendida la del dormitorio, pero cerrando los ventanales y corriendo las cortinas.

Regresó a la obscuridad del comedor, meciéndose sobre las puntas de los pies, sentado.

* * *

En la sala comedor, Fredo Antonucci, reintegrado a su servicio de mesas, marcaba una cantidad en la registradora, cuando su mujer, susurró:

—Scorpio.

«Big» Al Scorpio, agrandado el tórax por el abrigo *beige* claro, atravesó a largo tranco el comedor. Junto a la caja, dijo:

—Avisando si alguien quiere subir arriba. Ya os avisará Lauro cuando vayamos, a bajar…

—¿Se van a ir? —preguntó, ceñuda la señora Antonucci.

Pero Scorpio subía ya las escaleras, golpeando contra su hombro derecho el garfio por el dorso.

Había ya meditado suficientemente. Macguire había querido mortificarlo. ¿Qué clase de relación cabía entre Brant Rogers, vivo o muerto, y Lula?

Había conocido a Lula cierta tarde en un paseo público. Y ella hablaba con Brant Rogers… Cierto.

Pero Rogers había dicho que era la hija de un militar británico, muerto en la India. Un militar que, en tiempos pasados, había conocido Rogers.

Y Lula nunca manifestó ningún sentimiento especial por Brant Rogers…

Pronto se cercioraría, yendo a la casa de Albany… Llevaría allá a los Antonucci, antes que, presos de pánico, fueran fácilmente manejables por algún comisario entrometido…

Se destacaba en la azotea el recuadro de luz tamizada por las cortinas…

Scorpio avanzó sin desconfianza. La probidad de Fredo Antonucci era garantizada por el afecto que le tenía a su hermano menor.

Empujó la puerta del comedor, llamando:

—¡Evelyn, Lauro!

La luz brotó al instante, cuando tocaba el borde de la mesa. «Big» Al Scorpio agachó lentamente la frente… Testuz de búfalo…

Vernon Fraser hizo girar en rededor de sus dos índices el portagatillos de cada una de las «Smith»…

La «Smith» de su izquierda se detuvo, encañonando la mesa. La otra seguía girando rápidamente…

Fué instintivo, o porque atraía el dibujo, pero Scorpio miró la

hoja de block… Su bastón permaneció con el garfio vuelto contra su hombro…

Empezó a respirar entrecortadamente.

La voz incisiva, calmosa, advirtió:

—Sólo hay sangre cuando los necios la echan. Debes estar preocupado por algo muy íntimo, cuando entras así tan alegremente en un cuartucho obscuro, Scorpio. Los malabarismos con las «Smith» son para evitarnos fatiguitas. Un dibujo acertadísimo, ¿verdad? Es de la chica que me quitó el «Buick»… Tampoco era mío. Lo cogí por allá, al poco de escapar de
Sing-Sing…
el cinco de mayo. Me ha dicho Evelyn que ésta del dibujo se llama Lula Scorpio. Es la que anoche mató a mi compañero Sikes, el otro fugado. Y que esta tarde se cargó a Lloyd Leblanc, casi a mi espalda. Puede que trabaje para ti, Scorpio… Cogieron a los de mi «gang», en una redada tonta. Los aires de Chicago huelen demasiado a ganado. Estos de por aquí son más sanos para un hombre de mi valía.

Scorpio hacía más pequeña la habitación. Vibró levemente su bastón. Tanteó con la izquierda el nudo, del cinto que le cerraba el abrigo.

Vernon Fraser avanzó, dejando sobre, la mesa una de las pistolas. Dijo:

—La de Lloyd.

Sacó del pantalón otra:

—La de Lauro.

La colocó junto a la otra, añadiendo:

—Llevo encima la de mi compañero Edgar Sikes. Y la mía, ésta, a tu servicio, desde la culata a la boca, según por donde escojas. ¿En regla, Scorpio?

Miró el florentino las dos pistolas alineadas. Comentó:

—Descargadas.

—Pesaban mucho con los plomos.

—Ya… ¿Dónde están el par de idiotas?

—En el lecho matrimonial, decentemente en contacto por los codos atados. Lauro quiso menospreciarme. Le duele la cara. Evelyn no consintió en charlar tranquilamente, o callar. Empezó por jugar a la viuda desconsolada, arrimando una botella a Lauro. Tuve que

atarlo. Después jugó ella solitarios. Se puso nerviosa, y decidió jugar a parejitas. Ella de ternera, y yo de becerro. Pero yo soy buey viejo. Explicado, Scorpio…

—¿Qué buscabas al lado de Leblanc?

—Verte. Lo mataron.

—¿Qué buscaba el otro fugado junto a Peggy?

—Verte. Lo mataron.

—¿Qué es este dibujo?

—Lo sacó el novio de una periodista Me llevé el coche del pipiolo, y el dibujo. Ya sé ahora quién es la rubia platino que mató a Sikes. ¿Por qué?

Scorpio dejó de tantear su cinto y sentándose dijo:

—Vales. Siéntate. ¿Conociste a Rogers?

—Lo bastante para saber que era duro.

—¿Era…?

—Corrió la voz que lo habían asado.

—¿Le viste morir?

—Sikes y yo ya estábamos lejos. Nos separamos en dos parejas. Rogers con Sanders. Los dos eran británicos. Sikes conmigo. Éramos de Texas, antes de trabajar en los mataderos de Chicago.

—El comisario Macguire me ha dicho hace poco que os van a coger a ti y al que queda. Sikes murió. Tú estás aquí. Uno lo pescaron en el río, triturado. ¿Rogers? ¿Sanders? ¿Tenía mucha confianza Rogers con el otro británico?

—No creo que Rogers confiara ni en sí mismo. ¿Por qué?

—Una frase…

—¿«Lo siento por el muerto»?

Scorpio hizo vibrar el junco… Fraser estaba lejos de la mesa, cuando la silla caía, y el garfio se hincaba donde una fracción de segundo antes tenía la diestra.

—Un juego bonito, Scorpio. Hazlo otra vez, Scorpio, y te enseñaré uno de mi invención. Consiste en emplear este cacharro…

En la zurda del tejano giraba la «Smith».

—Un balazo en cada bíceps, y entonces con la culata se van castigando los incisivos. Se quedan suaves como la cabritilla. ¿Qué modales son ésos, Scorpio?

—Citaste la frase que antecedió… La que solo, Rogers conocía… ¡Seis días repitiéndomela!

—Y yo que la oí cuando estaba con Lloyd. Pierdes facultades, o no eres el jefe que aseguraban por allá. ¿Conque viene un hombre a pedirte si hay trabajo, y así te portas?

—Olvídalo. Me saltaron los resortes al oír la frasecita. Hay un trabajo para ti. Coger al que emplea la frasecita, sea Rogers, sea Sanders, sea quien sea… ¡menos esta mujer!

—Es la que vieron salir, dijo la periodista.

—¿Y dejaste viva a la periodista, después que te reconoció?

—Ahorro municiones. Pueden hacerme falta, si me cercan.

—Conmigo estarás libre de cerco. Yo paso los cercos. Puedo pasar el que están cerrando en rededor del pantano de Hunter, allá por Albany. Es donde rueda tu «Buick». Puede que haya trabajo para ti. Si mantuviste quieto a Lloyd, y a esa pareja…, es que vales. Llevarás el volante de mi ocho cilindros.

—Es todavía pronto para que me tome yo esta confianza contigo. Voy donde quieras… pero a tu lado, manos libres.

—Vaya… Parece que presumes de recio. Igualito que Rogers.

—Así sabes que valgo. Y te diré… Estás nervioso, Scorpio. El junco ese se mece demasiado. Pero podemos tratar. Necesitas alguien como yo, que valgo por tres Lloyds y cinco Lauros.

—Sí… —admitió, ausente el pensamiento, Scorpio.

Cogió el dibujo que parecía hipnotizarle con aquellos grandes ojos como aguamarinas en el rostro amuñecado…

Lo rompió en pedazos, poniéndose en pie.

—Vamos, tú. ¿Te llamas…?

—Me apodan «Skelet». Creen que soy todo hueso.

«Big» Al Scorpio pasó al dormitorio. Hacía vibrar su junquillo. Tras de él, Fraser dijo:

—La chira vale. Con otro que no fuera yo, gana. Ya les desatará el hermano. Es una pareja que como bailarines, tiene valor en los «speakeasy».

Scorpio encogió los amplios hombros.

—Son morralla. Lo serán siempre… Va uno listo con esta gentecilla.

—Es que yo soy alguien, jefe.

—Puede que sí, puede que no.

Bajando la escalera, sin volverse, preguntó Scorpio:

—¿Qué te dijo Rogers de mí?

—Mucho. Quería liquidarte el último. Y por eso quería yo verte.

No respondió Scorpio, y atravesando el restorán llegó a la acera. Tras de él, Fraser repitió:

—Arriba queda el matrimonio, tabernero.

Fredo Antonucci regresó a sus quehaceres. Al volante del poderoso «Studebaker», Scorpio embragó.

A su lado, Fraser reclinó la nuca en el respaldo, en alto las rodillas.

—Buena carroza, jefe.

—Hay pocas como ésta. ¿Qué te dijo Rogers, además de querer liquidarme el último?

—Que te diste cuenta que él dominaba el cotarro, y decidiste hacerle caer en una trampa con el señuelo de Peggy y Lloyd. Se fueron estos dos, segundos antes de llegar la policía. Lo adivinó Brant Rogers y no disparó, sino que alzó bien en alto los brazos. Planeó escaparse. Pensaba reunirse con Sikes y conmigo en esta ciudad, pero Sikes prefirió trabajar para ti. A mí me daba igual.

—¿Por qué Sikes no quería trabajar para Rogers?

—Manías. Dijo que Rogers era demasiado mandón.

—Lo soy también yo.

—Pero Sikes no lo sabe ya.

Condujo en silencio Scorpio un par de millas. Sabía perfectamente que no dormía su vecino…

—Eres un tipo extraño, «Skelet».

—Eso dijo mi nodriza antes de dejarme en compañía de una caja de botes de conserva.

—Me hace el efecto de que sabes más de lo que dices.

—Pregunta.

—Rogers debió ver en ti a un tipo de su clase. Si planeasteis la fuga, se debió confiar.

—Conmigo bastante.

—¿Te habló de… Lula?

—Un poco.

—¡Habla ya, condenado cazurro!

—Ya hablará Lula, si Rogers llegó hasta ella, y pudo contarle el secreto.

—¿Que secreto?

—Algo de que tú le delataste.

—Lula da por bien hecho cuanto hago.

Vernon Fraser tardó un instante en contestar:

—Eso era antes, Scorpio. Cuando ella no sabía que además de ser tu esposa, era la hija de Brant Rogers.

CAPÍTULO XIII

El hombre montado en la «Rudge» tomó un viraje ceñidísimo.

La moto patinó en el sendero que cada vez se estrechaba más. La descabalgó, abandonándola…

La moto se hundió en el fango del pantano. Obscurecía, y la peligrosa extensión bordeada de colinas, del pantano de Hunter, empezaba a poblarse de susurros.

Reptiles, aves nocturnas desperezándose, toda la pequeña fauna que empezaba su actividad, se enseñoreaba de sus dominios.

El motorista se desciñó la chaqueta de cuero impermeable, que le venía un poco estrecha. Su verdadero propietario, el agente de tráfico, yacía atado y amordazado en una cuneta a seis millas.

Brant Rogers se reclinó contra el talud húmedo a su izquierda. Un buen observatorio.

Veía acercarse a la que hasta entonces, a pesar de los relevos de vehículo, efectuados con el fin de despistarla, había sabido con ciega intuición seguirle siempre, con un «buick» negro, torpedo, desde la cantina de Newburg.

Entrecano el rubio cabello corto, Brant Rogers poseía una impavidez facial casi repelente.

La mujer que se iba acercando, venía muy fatigada. Lejos había quedado el «Buick», al inicio del sendero oriental, truncado por los primeros fangos glotones, que devoraban a quien resbalase o se extraviase de noche, y aún de día, puesto que a trechos el fango traidor adquiría aparentemente una sólida consistencia de tierra firme.

Brant Rogers ahuecó las dos manos en rededor de la cerilla. Lanzó una bocanada de humo.

Distaba aún medio centenar de metros Lula Scorpio.

Aquel pequeño talud, tenía musgo blanco en huecos. Asientos naturales.

Brant Rogers, tallado el rostro en mármol blanco, donde hasta las arrugas parecían obra de cincel, no demostró el menor sentimiento cuando sus ojos azules, metálicos, vieron cerca las aguamarinas inundadas de llanto, cercadas por hondas ojeras.

El juvenil busto, alentaba espasmódicamente. Las medias hasta la rodilla con surcos de barro, fangosos los zapatos, roto un tacón, Lula Scorpio tuvo que apoyarse en el musgo, vacilante.

—No es tu sitio, Lula. Tu casa está en la ciudad, allá, donde las luces dan en la cara de la gente libre. Ayer noche, cuando la corista entró, tú acechabas en el corredor. Yo salí por el patio interior. No era tu sitio.

—Encontré el bastón… No podía ser que acusaran a Alfred. Y esta tarde saltaste una ventana tan de improviso…

—No naciste para acechar, Lula.

—No puede ser… has de renunciar… ¿Por qué me telefoneaste contándome lo que nunca me dijiste cuando debiste decírmelo? Yo no podía ya odiar a Alfred si te delató. ¿Por qué consentiste que se casara conmigo, si entonces te creía el único amigo del que murió en la India, creyendo yo era mi padre?…

—Cuando Scorpio quería casarse contigo, era aún un hombre en quien yo confiaba. Me traicionó, y por esto ahora sabes que, por él, yo mato y mataré… No es este tu sitio, Lula. Vuelve a tu ciudad.

—¿Por qué me dejaste en el engaño, cuando murió el hombre a quien quise como padre?

—Eras un estorbo.

Sollozó ella, cubriéndose el rostro con las manos, y resbaló lentamente, hasta que se acurrucó en el suelo fangoso.

Brant Rogers encendió otro cigarrillo. Miró a lo lejos, y giró en lento escorzo el cuello.

Como un animal acosado.

Dijo:

—Te han seguido. Hay allá faros de motocicleta, precediendo otros de coche. ¿Los trajiste tú?

—Pensé hacerlo, pero no lo he hecho… Lo que me dijiste, demostraba que yo era tu hija…, pero ¿puedo yo quererte? Es horrible lo qué estoy diciendo, pero… no puedo odiar a Alfred, ni

quererte.

—No te pedí que vinieras. ¿Qué pretendías anoche, y esta tarde?

—Impedir que mataras.

—Los guantes que no lleva visibles Scorpio, son de sangre. Adherida en cada poro de toda su inmensa piel. Se escondió… Supo esconderse, pero da igual. Vuelve a tu hogar, Lula, y acaricia las manos del traidor que me delató, que me ha convertido en lo que soy. ¿Ves todas aquellas luces? Son linternas… Hombres a la caza del hombre, y los has traído tú. Tendría que matarte, pero sería poco… Vuelve a tú casa, y acaricia las manos del que me vendió. Éstos no me cogerán… Pero a él, a él…, ¡sí! Ya ha sudado bastante miedo, el cobarde traidor.

Resultaba más impresionante la violencia contenida en las frases, porque no se movía un solo músculo del rostro de Brant Rogers.

Como luciérnagas en anillo, fulgían a ras de suelo, a trechos, las linternas policiales.

—Pero yo… ¿qué mal te hice nunca? Te creí el único amigo del capitán Driverton, cuyo apellido llevé.

—Por adopción legal. Pero consta, en el registro de Dover, de quién eres hija… Guardó el secreto Driverton. Y tu madre también, porque murió cuando aun no balbuceabas.

—No hay alma… Dejaste que me casara con Alfred, y yo creyéndole un financiero que por amor, por pasión, me mantenía alejada de Nueva York. Y descubres todo… ahora. Por vengarte de una delación es a mí, a mí a quien…

Enmudeció ella, sin saber que estaba sola.

Brant Rogers estaba ya lejos, mentalmente ocupado en resolver un problema vital.

Calcular el trecho más ancho entre dos haces de luz del anillo que lamía el barro, los senderos y las tinieblas del pantano Hunter.

Había que eludir dos errores irreparables. Hundirse en el lodo voraz, o ser aureolado por un haz de linterna.

La culpa del «Buick» que, siguiéndole, le denunciaba… A otra persona le hubiera costado morir.

Que viviera ella. Sería peor. Porque amaba a Scorpio, ¡aunque ahora supiera que no era un financiero, sino un «gángster»! Siempre, había sido una inocente, aquella muchacha.

Tan distinta a su madre… Un odio latente, que le impidió ya para siempre coger afecto a nadie.

Un poco parecido a afecto era la amistad que sintió por Scorpio, hasta que, el muy traidor, le vendió…

Seis días de agonía temerosa para Scorpio…

Se agachó y el foco iluminado bañó el fango a su izquierda. Oyó el susurro de una voz humana…

Un grito:

—¡Allí, allí!

Disparó, apagando la linterna delatora. Disparos…

Un crepitar de balas, y unos
«glu-glú»
en el fango…

No podían matarle. Ya lo había decidido. En un caso de asedio sin escape, se entregaría. Ya que no había podido encontrarse frente a frente con Scorpio, vería a Scorpio en la celda de condenados a muerte.

Gritó, tendido en el suelo:

—¡Me rindo! ¡No disparen! ¡Me rindo!

Era sincero, rabiosamente sincero, porque moriría a gusto camino de la silla eléctrica, sabiendo que Scorpio le seguiría.

Sintió en el repentino silencio conciliábulo de murmullos. Le buscaban las luces…

En su pierna derecha algo se enroscó. Quiso apartar de un culatazo el viscoso contacto… El gatillo de la pistola del agente de tráfico era demasiado sensible, y el percutor funcionó.

Un disparo contra nadie, contra el fango…

Pero luces y disparos coincidieron sobre él, ametrallándole. El primer policía que llegó a su lado, le oyó repetir entre estertores:

—El junco falso… Hueco… El junco falso… Hueco…

Un sobrehumano triunfo del cerebro, vengativo, sobre el cuerpo acribillado, muerto.

CAPÍTULO XIV

—No se puede pasar, señor Scorpio.

—Avise al comisario Macguire. Me han dicho que dirige la búsqueda.

—Hace ya tiempo que han retirado el cadáver de Rogers. Y el comisario Macguire volvió a la ciudad, con la mujer que estaba en el pantano.

Scorpio dió un brusco golpe al volante virando sobre la carretera; saltó al coche en la cuneta, y restableció su posición horizontal embalado.

Vernon Fraser comentó:

—Era Rogers. Un buen final, Scorpio. No puede ya relatar tus asuntos privados.

—¿Qué hacía Lula siguiéndole?

—Vete a saber… Redimirlo, tal vez. Te lo explicará Macguire. No subiré contigo, ¿comprendes? Es una suerte para ti que haya muerto Rogers. Podía citar pruebas muy detalladas de ciertas defunciones que no pudieron achacarte.

Pero Scorpio sólo pensaba en Lula… Cuando frenó en la esquina de la Lexington Avenue, dijo:

—Espérame. No te buscarán en mi coche.

—Por eso te busqué a ti.

* * *

Scorpio penetró con ímpetu en el despacho. Buscó en vano…

—Su esposa está bien atendida, Scorpio. La verá después. Ha de saber usted lo sucedido.

—Sí. He de saberlo.

—Rogers telefoneó a su esposa, Scorpio. Le hizo saber que era su hija, y que usted era… quien es, y que le había delatado. Le dijo que mataría uno tras otro a los del «gang», empezando por la corista Peggy. Usted sería el último. Ella vino a la ciudad. Le buscó en vano. Supo la dirección de Peggy Haynes y montó la guardia, en espera de ver al que de pronto se revelaba su padre. Una situación de trágico folletín.

—Pero él, ¿por qué calló?

—Le dijo a Lula que odiaba infernalmente a la que le dió el ser. Por eso se desprendió de Lula, a la que adoptó un militar de guarnición en la India. Murió Driverton, y ella vino a Nueva York. Usted la conoció, y entonces eran buenos amigos usted y Rogers. Si usted no le hubiese delatado, todo seguiría igual… Anoche ella oyó gemidos, y cuando entró estaban muertos Peggy y su acompañante. Recogió el junco imitación del que usted lleva. Un arma que le gustaba a Rogers. Curioso que la dejara junto a los dos cadáveres, ¿no?

Se hizo casi solemne el tono del comisario, al proseguir:

—Lula recogió el junco, y como había oído comentar dónde estaba Lloyd, esperó. También llegó tardé. Pero el junco lo dejó en una de las cuatro habitaciones de la cantina. Lo hemos encontrado. Estaba hueco. Por eso lo dejó Rogers, por si moría… Hueco, y con un escrito detallado y documentado, Scorpio. La muerte de Liam Morris, en el garaje de Albany. La matanza del «gang» de Scanscio en el «speakeasy» de la 37. El robo con asesinato… Ya se lo leerán. Lauro Antonucci y Evelyn le echan a usted toda la culpa. Usted mandaba, usted disparó el primero, con Rogers al lado…

Hacía ya rato que cuatro agentes pistola en mano, esperaban la reacción de Scorpio. Pero le colocaron las esposas, sin que pareciera haberse dado cuenta de nada. Cuando le conminaron a ponerse en pie, dijo:

—¿Ella? ¿Sabe…?

—Es la única y verdadera víctima. ¡Llévenselo!

* * *

Macguire se aproximó al «Studebaker», y abrió la portezuela

Vernon Fraser. Se sentó al lado del volante el comisario.

—Ya se lo ha explicado el sargento Sikes murió porque Rogers pudo creer que era Lloyd, aunque esperaba dispuesto a matar, y no iba a dejar con vida a un desconocido. De nada sirvió que ustedes dos usurparan la personalidad de los dos fugados, que hace ya cinco días están de nuevo recluidos. Pero si la locura vengativa de Rogers no acelera las cosas, usted ya habría logrado ganarse enteramente la confianza de Scorpio. Y gracias a su aviso, pudimos seguir el «Buick» que, a su vez, seguía a Rogers. Un encadenamiento en el que veo la mano de la Providencia…

—Pero la mocita Lula, paga.

—Es joven y olvidará esta tragedia. Si Scorpio le hubiese revelado que era un «gángster», ella tal vez tardaría más en olvidar. Pero ahora se siente víctima de engaño constante, desde el capitán Driverton hasta Scorpio…

—Mi misión terminó, señor. Yo tenía que entrar en contacto con Scorpio, para así estar con él cuando se presentara Rogers, y dar con pruebas contra Scorpio. Las tenía el junquillo. Ya ve… Lo que son las cosas. Un leve junquillo…

—Tendré que felicitar a la Brigada de Chicago a la que usted pertenece, Fraser. Le han seleccionado bien. Siguen los Antonucci creyendo que es usted un temible pistolero.

—Llevo ya siete años en este papel. De la secreta, verdaderamente secreta. Me «embuchan» y a veces hasta me olvido que soy un funcionario al servicio de la Ley. ¿Dónde le dejó, comisario?

—Se olvida que no es suyo este coche, Fraser.

—¡Pues es verdad! ¿Ve lo que le decía?

—Ahí tiene su «Buick». Buen viaje, Fraser. Creo que nos volveremos a ver. No puede uno fiarse de la policía local para embucharla entre «gangsters». Son conocidos.

—Por esto viajo tanto.

EPÍLOGO

En un modesto comedor con vistas al mar lacustre de Chicago, Vernon Fraser tenía por jinetes de sus esqueléticas piernas, a una chiquilla de cuatro años y un niño de tres.

Terminó de leer:

—«… Y la princesa tocó con su varita a Pechuguín, y todos fueron felices.» Vaya cuento bonito, ¿eh, Vernon?

—Hermoso, sí. ¿Vendiste mucho hierro en tu último viaje, papá?

—Toneladas. Andando, a la cama.

Para la vecindad, un viajante de ferretería más. Para su esposa, un noviazgo renovado constantemente con la angustia de la despedida, que podía ser definitiva.

Y el teléfono avisó:

»—… Fraser. Un viaje a Filadelfia.

Y tras el abrazo, las mismas frases:

—No pueden conmigo, señora Fraser. Soy de puro alambre. Y ya conoces el truco. Me pongo de perfil, y no me atinan.

En la calle, mientras iba a recibir instrucciones, Vernon Fraser pensó primero en Scorpio, ajusticiado. Terminaban siempre mal todos aquellos…

Y era la única diferencia que mediaba entra él y el más brutal pistolero. Ellos iban a la silla eléctrica.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.